



BOLSILIBROS
EASA

60 Ptas.

F.B.I.
selecciones
policíacas



Doble enigma

**Jim
Murray**



SELECCIONES
F.B.I.



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© JIM MURRAY

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I.S.B.N.: 84-06-04280-X

Depósito legal: M-3606-1984

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)



Doble enigma

Jim Murray

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

U

NA vez que Henry Vanderlug decidió formar parte de la alta sociedad británica trabajó por lograrlo con el mismo ímpetu que le había permitido crear la «Vanderlug Forniture Corporation», una de las industrias más poderosas de Norteamérica.

Si el cincuentón se había enriquecido en los Estados Unidos, su ilusión era entroncar con la aristocracia inglesa. No perdonó medio ni sacrificio alguno, y empleó más de veinte millones de dólares en vivir con un lujo extraordinario.

¡No era mala propaganda en una Britania en crisis!

Comenzó por comprar un dominio en el Somertshire —sobre cuyos terrenos se alzaba un viejo castillo— y una mansión en el centro de Londres. Acudiendo a las subastas consiguió los mejores caballos, que hizo correr a su nombre en todos los hipódromos. Finalizó su racha de gastos, la zarabanda de oro, albergándose en un «palacio flotante».

Al adquirir su yate, el millonario dio una magnífica fiesta en él, a la que invitó a toda la aristocracia. Recibió muchas cartas, en las que los firmantes lamentaban no asistir porque tenían compromiso anterior de acudir a otras recepciones, porque se encontraban enfermos, por sus ocupaciones, etc.

Despidiéndose siempre muy amablemente, y agradeciendo la cordialidad de la invitación.

¡La nobleza inglesa no liga con los nuevos ricos!

La semana grande de Cowes estaba en sus comienzos. La ciudad ardía en fiestas y aparecía abarrotada de viajeros. En el puerto se veían toda clase de yates, donde —por pequeños que fuesen— había personas alegres y alborozadas, pertenecientes en su mayor parte a la aristocracia.

Solo el «Oise», de míster Henry B. Vanderlug, permanecía

desierto, y su propietario paseaba a bordo con toda la melancólica tristeza que podían albergar sus ciento sesenta libras de peso.

El millonario se detuvo en la popa, junto a un joven que se entretenía en masticar goma de mascar de manera ininterrumpida, y contempló con cierta envidia la animación y alegría existente en los yates cercanos. Estaba dándole vuelta a sus proyectos y al vacío que sentía en torno.

A una pregunta del secretario, respondió:

—Ya verás cómo da resultado haber acudido a «Smithers and Jackson». Mañana habrá aquí una porción de chicas distinguidas y bonitas. Y ya sabes mi lema: «Donde van las muchachas, allí acaban yendo los hombres». Creo que pronto tendré en el yate los visitantes que me interesan.

Vanderlug hablaba con aplomo; pero en lo íntimo no estaba seguro de que su idea resultase eficaz para atraer hacia el barco a la nobleza.

Rumiando sus dudas, continuó:

—No sé si la otra idea dará mejores resultados. O yo no conozco a esas gentes, o el juego les entusiasma. ¿Te aseguraste de que saben que tenemos una magnífica ruleta?

—¡Completamente, señor! —contestó el secretario—. He visto a muchos tripulantes y criados de los demás yates, y les he dicho que todo el que quiera visitarnos será bien recibido.

—¡Bravo! ¿Hiciste que los periódicos publicasen el suelto que te dije? —siguió Vanderlug.

El secretario asintió. Metió la mano en el bolsillo y sacó un periódico, mostrándolo a su jefe.

—Aquí está —dijo.

Vanderlug se puso los lentes y leyó en voz alta y bien timbrada:

Un millonario yanqui lleva una colosal fortuna a bordo de su yate.

«Míster Henry B. Vanderlug —figura muy conocida en la buena sociedad londinense— no desea depender de los bancos cuando realiza un crucero. Como piensa recorrer varios países, ante la posibilidad de estar mucho tiempo fuera de Inglaterra, se ha provisto de todo el dinero que pudiera necesitar; una suma que, según algunos, no bajará del medio millón de libras esterlinas.

La aparente excentricidad tiene una explicación, y es que míster Vanderlug, coleccionista de objetos de arte, desea

adquirir toda serie de cuadros durante su excursión».

—Creo que esto bastará —comentó el ricacho al terminar la lectura—. El dinero atrae como el imán, y supongo que el mío no será distinto al de los otros. Pero... ¿quién es ese tipo?

Señalaba a un individuo que se aproximaba al yate, a bordo de una barquichuela.

—Tal vez un aristócrata —sugirió el secretario, con cierta mordacidad.

—¡No lo creo! —replicó el magnate—. Más bien tiene aspecto de chupatintas.

El barquero detuvo su lancha al costado del yate y subió a bordo con portentosa agilidad. Llegado junto al millonario, sacó del bolsillo una carta, que entregó a Henry Vanderlug.

El magnate estaba acostumbrado a recibir cartas, y lo primero que hizo fue leer el membrete. Luego abrió el sobre, usando un dedo ciclópeo a modo de cuchillo.

—¡Negocios! —gruñó, disponiéndose a leer en voz alta. Y lo hizo así a continuación.

«Muy señor mío: Hemos leído en la Prensa de la mañana un suelto en relación con el dinero que lleva usted en su yate «Oise». Le enviamos esta carta por uno de nuestros empleados para preguntarle sí, ya que está usted asegurado en nuestra compañía contra el riesgo de robos, querría recibir como huésped en su yate a William Waite, el agente federal de quien habrá oído hablar en América. Está agregado a la Interpol para la defensa de intereses yanquis en el extranjero.

Waite ha informado de la presencia en Cowes de una banda de malhechores, y teme que el suelto publicado en los periódicos pueda inducirles a visitarlo. Nos permitimos sugerirle que reciba en su barco al agente del F.B.I., convenientemente caracterizado. El portador de la presente se encargaría de presentárselo, pues no debe olvidar que gran número de delincuentes procuran mezclarse con la alta sociedad.

Tenemos verdadera satisfacción en reiterarle nuestros servicios, para evitar que le molesten en lo más mínimo.

Suyos afectísimos...»

La carta estaba firmada por Hilary Hanigan, y Vanderlug se la guardó displicentemente en un bolsillo. Miró al portador por

encima de los lentes.

—Ya conoce usted el contenido de la carta que ha traído —le dijo—. No me gusta tener «polis» a bordo, y me creo capaz de custodiar y defender mi dinero. Pero si los aseguradores tienen miedo, pueden mandar los federales que gusten. Dígale a ese Waite que venga cuando guste: ¡mi casa es la suya!

Luego, mirando divertido a su interlocutor, añadió:

—Como ya es muy tarde, lo mejor será que se quede esta noche con nosotros. ¿Qué le parece?

A míster Brown le pareció muy bien; pero cuando le invitaron a beber afirmó que no tomaba más que limonada. Ello disgustó bastante a Vanderlug, que tenía en la bodega cincuenta cajas de Moet-Chandon 1906 sin abrir.

Después de cenar, y a despecho de su sobriedad, el empleado accedió a beber unas copitas de coñac. Acaso bebió fuera de la costumbre en él, animado por el ejemplo del millonario, y habló un poco más de su hábito.

Cuando Vanderlug —tocando uno de sus temas favoritos— mencionó la alta sociedad, el modesto Brown se creyó en el caso de intervenir, diciendo:

—El comisario Hanigan afirma que la alta sociedad...

—No me interesa saber lo que ese Hanigan opina acerca de la nobleza —le interrumpió su anfitrión—. No tiene derecho a hablar de ella, porque no pertenece a la aristocracia. ¡No es más que uno de sus servidores!

—Eso es, precisamente, lo que delante de mí le dijo en una ocasión míster Waite —afirmó Brown, con notable entereza.

—¿Y quién es Waite? ¡Ah, sí! El federal que tiene que venir mañana... ¿Qué aspecto tiene?

—¡Oh, es un hombre extraordinario! —aseguró Brown, con entusiasmo—. Alto, moreno, distinguido, elegante. Y...

Parecía estar haciendo su propia descripción.

—¡Bah! No me haga el artículo —interrumpió el ricacho—. Conozco a los detectives, y todos son iguales. Por fortuna, no tengo miedo a ningún ladrón.

—Este ha salido de Quantico, señor —dijo Brown—. ¿Cree usted que los «gangsters» no tendrían la posibilidad de atracar su barco?

—No. Llevo veinte hombres a bordo, y yo, personalmente, sé luchar mejor que nadie. Y disparar como seguramente no sabe ningún policía americano.

Siguieron charlando un buen rato, que aprovechó Brown para ingerir mayor cantidad de coñac que había bebido en toda su vida.

El resultado fue que al dar por terminada la sobremesa, y cuando intentó levantarse, no pudo conseguirlo. El secretario, por indicación de Vanderlug, lo ayudó a instalar en un magnífico sillón; donde a los pocos minutos dormía plácidamente.

—Estos blandos... —murmuró el magnate, despectivo—. ¡Mira que beber limonada!

Dejando a Brown, Henry y su colaborador salieron a pasear por cubierta. Hacía una noche calurosa, y el americano permaneció en el puente fumándose un magnífico veguero.

El secretario estaba a su lado, y a poco ambos oyeron una voz femenina, que gritaba:

—¡Ah, del yate!

Vacilaron un momento como sin dar crédito a sus oídos. Pero la voz repitió, más cerca:

—¡Hagan el favor de auxiliarme, señores! He perdido uno de los remos...

Los dos yanquis se inclinaron sobre la borda, y vieron a poca distancia del «Oise» un pequeño bote, en el que una mujer no acertaba a arreglárselas con un solo remo.

Le tiraron un cabo, la remolcaron hasta la escalera, y al poco la seminaúfraga subía al puente.

Vanderlug vio inmediatamente que se trataba de una preciosa joven rubia, vestida con traje de noche y luciendo al cuello un espléndido collar de perlas. Parecía muy cansada, y se dejó caer pesadamente sobre uno de los sillones de cubierta.

—¡Uf! De buena me libré —dijo.

—¡Trae un poco de coñac, Jorge! —pidió Vanderlug a su empleado, tan emocionado como él por la aventura que presentían—. O, mejor aún —rectificó—, ¡abre una botella de champaña!

El secretario se dio una prisa febril en cumplir la orden. Cuando la muchacha bebió un trago, les miró, agradecida, y su sonrisa era tan encantadora como ella misma.

Habló luego, abundando en el tono musical:

—He sido un poco loca —dijo, como explicación— al creer que podía ir sola hasta el yate de mi padre. Cuando salí del Club, el marinero que debía esperarme no estaba en el embarcadero, y decidí bogar por mi cuenta hasta que perdí un remo.

—¡Admirable! —exclamó Vanderlug—. Celebro haberla conocido, *miss*...

—Soy *lady* Mary Glendellon, y mi padre es el conde de Crouboro —terminó la bella, presentándose.

—¡Celebro mucho haberla conocido, señorita! —se apresuró a

repetir el millonario, con su mejor sonrisa—. Esperaba que su padre hubiese venido a la recepción que di hace unos días; pero, al parecer, tenía un compromiso en Gales. No sabía que hubiese vuelto...

La muchacha le enfocó los reflectores de sus ojos azules, al responder:

—¡Oh, sí! Ya ha vuelto. De todas formas, le estoy tan agradecida, que haré venir a mi padre, para que le exprese personalmente su agradecimiento. Me quedé hasta muy tarde en el Club, aunque en realidad no debiera llamar así a la residencia de lord Bentel. Había una magnífica partida de «baccarat», pero confío que no le diga esto último a mi padre...

Vanderlug amenazó, bondadosamente, con un dedo. Parecía la estampa de la paternidad benévola.

—Muchachas modernas... —dijo—. ¿Qué pensarían sus abuelas, si las viesen jugando al «baccarat»?

Sonrió ella, sonrió el millonario, y a los pocos minutos estaba asentada una amistosa relación. Tan buena, que la joven no parecía tener la menor prisa en regresar al yate de su padre.

—Se está bien aquí —dijo—. Es un barco soberbio. Me gustaría verlo todo él, antes de marcharme...

El americano la acompañó, encantado. Primero dieron un paseo por cubierta.

—Volveré mañana, y traeré conmigo a papá y a sus amigos —dijo la muchacha, y Vanderlug sintió extraordinaria satisfacción al oírla—. Creo que les gustará conocer este barco y a usted. ¡Todo me parece maravilloso! Procuraré que venga también la duquesa de Thatcham; es una criatura divina...

Vanderlug caminaba por el séptimo cielo.

—Ha sido un día muy excitado —dijo la muchacha, para evitar que la conversación languideciese—. ¡Mucho!

—¿Y no teme que se asuste su papá, si tarda en volver? —preguntó el millonario—. ¿Quiere que mande a uno de mis hombres en un bote para avisarle?

—¡No se preocupe! —repuso la bellísima joven—. Papá ya está acostumbrado a mis correrías. Y además me gusta hablar con usted —añadió, con impetuosa valentía—, míster...

—Vanderlug; pero puede llamarme Henry, si gusta —contestó el magnate.

Estaba deseando intimar con la nobleza.

—Pues sí... Henry. Ha sido un día muy excitante para mí —insistió la joven—. He estado medio perdida en el mar, he ganado

mil libras al «baccarat» y estuve a punto de que me robasen mis perlas...

—¿A punto de que la robasen sus perlas?

—¿No lo ha oído? —preguntó la muchacha, con cierta admiración—. Parece ser que hay ahora en Cowes unos cuantos... no sé cómo los llaman ustedes. Es una palabra americana, y...

—¿«Gangsters»? —sugirió Vanderlug.

—Sí. Esa es la expresión. ¡Ladrones! ¡Asesinos!

El millonario asintió gravemente. Nada le molestaba tanto como admitir que desconocía cualquier noticia.

—Y ¿qué sucedió? —preguntó a la bella—. Me refiero a lo de sus perlas.

—Pues que una mujer, una tal Sue Swift, fue al yate de mi padre esta mañana. Dijo que era la nueva doncella que yo había tomado a mi servicio, y como realmente necesitaba una, nadie sospechó lo más mínimo. La hicieron pasar a mi camarote, y de no ser por el mayordomo (que no la dejó abrir un solo cajón hasta mi regreso) se habría llevado cuanto le hubiera parecido oportuno.

—Es usted una mujer afortunada, joven —aseguró el magnate—. ¿Y logró escapar esa... aventurera?

Lady Mary asintió, sonriendo. Los hoyuelos de su rostro la hacían adorable.

—Puso una excusa para salir del barco, y nadie la ha vuelto a ver desde entonces —dijo—. Me asusté un poco cuando me lo contaron, porque muy bien pude verme imposibilitada de llevar esta noche mi collar —terminó, acariciándolo.

Vanderlug pretendió continuar la conversación, pero se dio cuenta de que la joven pensaba ya en otra cosa.

—Me estoy preguntando —dijo la sirena, como explicación— si permitiría usted que uno de sus hombres me llevase al Club de nuevo.

—Pero ¡si es medianoche! —exclamó, un poco extrañado, el millonario.

—¡Verá! Se han quedado muchos jugando, y me han entrado unas ganas irresistibles de volver.

La joven lucía una sonrisa pícara, y parecía extraordinariamente divertida.

—Volverá para perder el dinero que ha ganado... —dijo la voz de la prudencia, por boca de un robusto cincuentón.

—¡No lo perderé! —contestó su interlocutora, con absoluta confianza—. Estoy segura de que seguiré ganando, porque hoy es mi día de suerte. ¡He tenido tres pruebas!

Después de meditarlo un momento, el millonario tuvo una idea, que creyó luminosa.

—Si quiere jugar al «baccarat»... ¡puede hacerlo aquí, conmigo! Claro está —añadió, al ver que la joven parecía vacilar— que no me quedará con su dinero.

—No diga tonterías —se apresuró a replicar *lady Mary*—. Si juego, será con dos condiciones: que sea de verdad, y que no diga una sola palabra a mi padre.

Se pusieron rápidamente de acuerdo, y comenzaron a jugar.

Vanderlug tuvo una suerte extraordinaria. El montón de libras que había sacado aumentaba de un modo incesante, mientras se reducía el que la joven tenía delante de sí. Durante un buen rato estuvo el ricacho preocupado, buscando la forma delicada en que podría devolver a la bella su dinero.

Quería estar en las mejores relaciones con el conde Crouboro, porque su amistad podía valerle ser presentado en la corte; pero conocía la suspicacia inglesa con respecto a las pérdidas de juego, y no encontraba el medio de reintegrar a la muchacha los cientos de libras que llevaba perdidos.

Cuando la Glendellon perdió sus primeras libras, sacó del bolsillo otras tantas para ponerlas en juego.

—Las primeras —dijo— constituyen mis ganancias en la partida que jugué a primera hora de la noche; estas otras, sus reservas.

No mostraba disgusto al perder, ni desánimo. Sus ojos brillaban como carbunclos, y estaba poseída de la fiebre del jugador.

La puja fue haciéndose más fuerte y apasionada, y de pronto la suerte empezó a cambiar para Vanderlug. Rápidamente se inclinó de parte de la bella, y a la hora escasa de comenzar la partida había visto desaparecer el montón de billetes que sacó para sus apuestas.

Llamó a James, para que le trajese de la caja fuerte un paquete mayor, y lo perdió en pocos minutos. Los viajes del secretario se repitieron varias veces, trayendo más dinero cada vez y perdiéndolo en menos tiempo su jefe.

Con cierto estremecimiento comprobó Vanderlug que, en un momento dado, la señorita le ganaba más de veinte mil libras esterlinas...

De pronto, *lady Mary* miró su reloj, y dejó escapar un grito de sorpresa.

—¡Si son ya cerca de las dos! —exclamó—. Es muy tarde, y no tengo más remedio que irme...

Se puso en pie, recogió sus ganancias y se dispuso a marchar.

—Mi padre se asustará si no llego enseguida —explicó—. Me voy,

y vendré a verle mañana por la mañana, con él... ¡Buenas noches, gentil anfitrión!

El millonario se dispuso a dejarla marchar, un poco contrariado por las enormes pérdidas que había sufrido. Pero cuando la joven pretendió salir, sonó una voz dura a espaldas de ambos:

—¿No quiere despedirse de mí, señorita?

Cubriendo la puerta estaba míster Brown, con las manos en los bolsillos y una beatífica sonrisa en los labios. La muchacha lo miró, desconcertada.

—¡Bill Waite! —susurró, palideciendo—. ¡El federal!

—¡Sí! —aceptó el falso Brown—. Hace años que nos conocemos, pequeña. ¿Se acuerda de cuando la detuve por aquello que los periódicos describieron como «robo misterioso», en casa de Serlitz? ¡Magnífica ciudad Boston! —suspiró, añorante.

—¡Me está usted tomando por otra persona! —replicó la joven en voz alta—. ¡Y no entiendo nada de su maldita jerga!

Era como si quisiera llamar la atención de alguien, que estuviera dispuesto para correr en su ayuda.

—No se moleste usted, *miss* —afirmó el sonriente Bill—. ¡Su hermano ya no está abajo! Se lo llevó la policía en la barca en que esperaba, y a los pocos momentos de llegar usted aquí.

—Pero, entonces —inquirió Vanderlug recuperando la voz—, ¿no es ella la hija del conde de Crouboro.

—No conozco la vida privada del conde —repuso el federal, desviándose—; pero me atrevería a afirmar que en toda su vida no ha tenido nada que ver con Sue Swift.

La joven parecía la estampa de la tribulación. Dejó mansamente sus «ganancias» sobre la mesa, y avanzó hacia Bill con el aire decidido de un mártir.

—Mi hermano me obligó a seguirlo —dijo—. Ya sabe usted que se demostró mi inocencia en lo de Boston, y le agradezco su defensa de entonces. ¡Voy a pagarle mi deuda!

Antes que el policía pudiera oponerse, Sue le echó los brazos al cuello y lo besó. Bill Waite era un sabueso; pero muy humano también. Y la sorpresa...

Antes de que pudiese reaccionar, la audaz ladrona cruzó la cubierta a la carrera, y de un elástico y juvenil salto desapareció en las profundidades del mar.

Bill iba a lanzarse tras de ella, pero fue contenido por la formidable corpulencia del millonario.

—¡Déjela ir en paz! —pidió Vanderlug—. Tal vez se regenere... Por otra parte, la oportuna intervención de usted, y la de ella, me

han curado de mi ceguera.

—¿Usted cree? —preguntó Bill.

En realidad, estaba contento de aquel desenlace, muy contento.

¡Le quemaban los labios con un fuego dulce y atractivo!

¿O había sido una trampa aquel beso «también»?

CAPÍTULO 2

S

OLO quisiera saber por qué va la gente a Ostende —dijo Bill Waite, irritado, dirigiéndose a su interlocutor.

Hilary Hanigan movió dubitativo la cabeza, mirando al federal. En realidad, no sabía qué contestarle, y se salió por la tangente:

—¿Por qué hace la gente todas las cosas? —retrucó—. ¡Porque quiere! Pero Ostende tiene numerosos encantos, y a mí me entusiasma pasear por su playa y bañarme en compañía de algunas chicas.

—Nada de eso me importa —replicó, con obstinación, el hombre del F.B.I.—. Lo que yo pregunto es por qué acude allí la gente normal, a gastarse el dinero que le sobra.

—Hay dos explicaciones —respondió Hanigan, encendiendo un «Regie»—. De un lado, tienen las carreras de caballos; durante la temporada se corren varias pruebas importantes, y la gente se pirra por el hipódromo. También existe el «Cercle Privée», donde cada uno puede perder todos los cuartos que quiera con la rapidez que desee. Se comen espléndidas langostas, y a los belgas no les faltan alicientes —hizo una pausa antes de añadir—: He encargado que le reserven habitación en el hotel en las proximidades del muelle. Las vistas son magníficas, y es un remanso de paz.

—Pues hará usted bien en cancelar la reserva —replicó el federal—. Si el Departamento y su dichosa sociedad de seguros quieren que actúe con éxito, tomaré toda una «suite» en el «Splendid». Es, según mis noticias, el más caro de los hoteles de Bélgica.

—Pero ¡eso no puede ser, querido amigo! —contestó Hanigan—. No merece la pena efectuar tal dispendio, pues posiblemente no tendrá usted mucho trabajo; tal vez absolutamente nada. Será suficiente con que pasee por la ciudad como en vacaciones...

—¡Está bien! —repuso Bill—. Entonces, si estoy con permiso,

me vuelvo a América. Puesto que, según usted, no es imprescindible mi presencia... ¡veranearé en Florida!

Hacía mucho tiempo que a Bill, agregado a las «escuadras volantes» de la Interpol, le sisaban sistemáticamente sus vacaciones estivales.

—El caso es —se apresuró a explicar el inspector de la Federación de Seguros— que cuatro magníficos collares de perlas y uno de diamantes han ido ya a Ostende. Y alrededor de un millón de dólares en joyas desembarcarán el sábado del «Mauritania».

—Y ¿qué tengo que hacer con todo eso? —preguntó el detective, humorísticamente.

—De sobra sabe usted lo que quiero decir —murmuró, con gesto contrariado, Hanigan—. Necesito que vaya y conserve abiertos los ojos; la labor del policía es prevenir, mejor que curar.

—No es abrir los ojos lo que me molesta —repuso Bill—, sino pasarme la temporada en un horno y metiendo las narices en todas partes. Mucho más tener que instalarme en forma poco confortable; aquello hierve de turistas y de...

—Alojándose humildemente pasará inadvertido —argumentó Hanigan, ya en plena claudicación.

—¡No! Prefiero disfrazarme de multimillonario; es más cómodo y agradable.

—Como guste, Waite —accedió Hanigan—. Si no ocurre nada en Ostende, nos reuniremos en París.

* * *

Bill Waite triunfó, pero no pudo salirse del todo con la suya. Tuvo que conformarse con buenas habitaciones en el «Hotel des Thermes», bastante más modesto que el «Splendid». Durante la guerra, el edificio había servido como cuartel de un Ejército alemán, y mostraba huellas de los bombardeos aliados.

El mobiliario no estaba mal, y la cocina, de lo más selecto. Se instaló como un turista de posición desahogada, y se comportó como suelen hacerlo todos los trotamundos. Empleó el primer día de su estancia en Bélgica en visitar los campos de batalla que se extienden entre Dixmude e Iprés, donde el propio Bill había mostrado su entereza en más de una misión arriesgada y difícil.

Cuando a la mañana se dio un paseo por la ciudad, hubo de confesarse que nunca había encontrado el panorama tan agradable, bello y acogedor.

Después de comer resolvió darse una vuelta por la Jefatura de

Policía. Cuando penetró en el despacho del inspector Bertuix, este se puso en pie para abrazarlo. Y luego satisfizo la curiosidad que espoleaba al policía americano.

—¡No! —afirmó, resueltamente—. Ahora no tenemos indeseables por aquí, estimado amigo. Vigilamos cuidadosamente todos los barcos, y lo mismo hace el C.I.D. al otro lado del Canal.

—¿Y Lew Simmons? Oí algo...

—¡Bah! Le sorprendimos apenas puso los pies en tierra, y lo mandamos a las Islas en el barco siguiente. En tren vinieron dos ladrones que procedían de París, y permanecerán en la prisión de Gante una temporada, por entrar en Bélgica con nombre supuesto. ¡Ostende es ahora un remanso de paz! —terminó Bertuix, jovial.

Bill suspiró.

—Bien, más vale así —dijo.

Y el caso fue que el policía belga tuvo razón. Bill Waite permaneció quince días en Ostende vigilando a las personas cuyas joyas tenían aseguradas la Federación de Seguros y nada ocurrió. Cuando estas personas abandonaron la ciudad belga, recordó su cita con Hanigan y emprendió el viaje a París.

* * *

—Es tan bonita esa muchacha, que no puede pasar inadvertida. ¡Y destacaría entre mil!

Bill Waite hubo de reconocerlo, y por una vez estuvo de acuerdo con Hilary Hanigan.

El inspector de la Federación de Seguros estaba entregado en tales instantes, como de costumbre, a sus eternas lamentaciones acerca del descuido «criminal» de quienes aseguran sus joyas, y no se preocupan demasiado de perderlas, convencidos de que las compañías de seguros abonarán su importe.

Estaban ya a los postres de la cena, y Hanigan hablaba casi desde sus comienzos. Bill no le hacía demasiado caso. Si había conseguido que el escocés le invitase a cenar nada menos que en el «Embassy», no lo hizo para prestar atención a lo que ya tenía olvidado, de puro sabido.

Mientras el hombre duro de la Federación hablaba, Bill fijó su atención en la muchacha que atrajo sus miradas. Tenía un cutis de una blancura transparente, grandes ojos azules y un cabello negro como el ala del cuervo; la boca finamente dibujada, y un cuello espléndido, donde refulgía un collar de diamantes.

Cuando la muchacha se levantó para bailar y pasó al lado del

federal, admiró la perfección armoniosa del conjunto, y lanzó una exclamación de júbilo.

—¡Bravo! ¡Es maravilloso! —dijo.

Su anfitrión se le quedó mirando, desconcertado.

—¡No le comprendo, Bill! —aseguró—. No creo que la perspectiva de que la Federación pueda quebrar sea motivo de alborozo.

—En este momento —replicó el policía— no pensaba en negocios, sino en esa muchacha vestida de blanco. Creí reconocerla, así de pronto; pero no he visto cosa igual en todos los días de mi vida.

Hanigan lanzó una visual, y tuvo que conceder cierta razón al entusiasmo de Bill Waite. Pero dos minutos después siguió hablando del mismo tema como si tal cosa.

Cortésmente, Bill fingía escucharlo; pero su pensamiento estaba muy lejos. Tenía la seguridad de no haber visto jamás a aquella chica, y estaba seguro también de que algo especial le atraía en ella. Encarnaba a las mil maravillas su ideal de belleza, y si le hubiesen pedido que expusiera su parecer —acerca de las características que debía reunir la mujer que despertase en él máximo entusiasmo— habría señalado a la joven que bailaba en el centro de la pista.

Terminó la música, y la bella fue a sentarse a una mesa, acompañada por el caballero que tuvo la fortuna de estrecharla en sus brazos durante breves minutos. En la misma reunión había dos mujeres y cuatro hombres.

Las damiselas eran jóvenes y bonitas; los caballeros, de diferentes edades, vestían con extraordinaria corrección. No había en ellos nada chocante, y, sin saber exactamente por qué, Bill los estuvo mirando con insistente discreción.

De pronto cruzó por su cerebro la idea absurda de que uno de los señores —el de apariencia más aristócrata de todos, precisamente— no le era enteramente desconocido.

—Quisiera recordar dónde lo he visto —murmuró.

Era inútil, porque solo pensaba en los lugares mundanos donde pudo tropezarse con aquel tipo tan distinguido, que aparentaba tener de treinta y cinco a cuarenta años, y que llevaba bigote y monóculo.

No le fue posible encajar su fisonomía a ninguno de los patricios que conoció en el transcurso de los años, y cada vez que le miraba sentía aumentar su desconcierto.

—¿Serán el bigote y el monóculo? —se preguntó a sí mismo.

Inconscientemente había dicho la frase en voz alta, y Hanigan,

que seguía entregado a su charla, le miró, sorprendido.

—¿Qué diablos dice? —inquirió—. En el balance último de la Federación...

—Sobran un bigote y un monóculo... —terminó Bill, muy serio—. Por eso no cuadra.

Su interlocutor se encogió de hombros. Conocía perfectamente al detective, y sabía de sus múltiples aciertos, pero tenía de él ese concepto que merecen aquellos que, siendo inteligentes, no se preocupan exclusivamente de acumular dinero. No quiso hacerle ninguna nueva pregunta, ni Bill se molestó en darle la menor explicación.

Fue horas más tarde, y dando vueltas en su cama, cuando recordó Bill lo que durante varias horas intentó inútilmente. Aquel caballero del bigote y la lente no era otro que el famoso Teddy Swift, que durante algún tiempo hizo andar de cabeza a la policía belga.

No se lograron acumular pruebas para hacerle pasar otra temporada en presidio, y estaba en París.

Teddy era hombre de inteligencia rápida, hábil como pocos y capaz de idear los más extraordinarios procedimientos para hacerse con el dinero de los demás. En dos o tres ocasiones hubo de enfrentarse con Will Waite y las entrevistas no fueron nunca demasiado cordiales, si bien ninguno de los dos llegó a perder la necesaria compostura.

¿Qué haría el multifacético ladrón en compañía de la bellísima muchacha? ¿Quién sería ella? Lo más lógico, yendo en compañía de Teddy, era que fuese una de sus auxiliares, aunque Bill se resistía a admitirlo así por reacciones de su «alter ego» humano. El cerebro casi maquinizado del F.B.I. cedía paso al corazón.

Podía tratarse de cualquier muchacha decente, tras de la que anduviese el estafador norteamericano. Bill recordaba haber visto en su cuello un espléndido collar de diamantes, y tal vez era aquello lo que perseguía Teddy Swift.

El federal resolvió salir cuanto antes de dudas, y correr en ayuda de la bella, si es que estaba siendo víctima de un engaño. Tal vez encontrase a Teddy en el «Embassy»; pero... ¿y si tardaba diez o doce días en volver allí? Habría de esperar hasta entonces, corriendo el riesgo de que en ese tiempo ocurriese lo que debía esforzarse por evitar.

Antes del almuerzo volvió Bill al lujoso hotel. Conocía al «maître» hacía años, y tenía motivos para suponer que le estaba obligado, ya que en una ocasión le evitó no pocos quebraderos de

cabeza al demostrar su inocencia en un turbio asunto de drogas.

No se equivocaba: Albert estaba dispuesto a responder a todas sus preguntas, y, por fortuna, recordaba bien al caballero del bigote y el monóculo.

—Viene por aquí casi todas las noches —dijo—. Según mis noticias, se trata de un millonario americano; un tal Fenwick, y se hospeda en el «Claridge».

Que Teddy utilizara un apellido falso era menos sorprendente que usar el suyo, y tampoco resultaba extraño que eligiera para hospedarse uno de los hoteles más lujosos de París; en definitiva, estaba muy acostumbrado a una y otra cosa.

Pero la muchacha... Bill la recordaba muy bien. ¿Cómo no, si era imposible olvidarse de ella quien la viese una sola vez?

—Creo que también es americana —titubeó Albert—. Se llama Anabella, y vive con su tía en unas habitaciones del «Carlton».

Poco más podía añadir el «maître». Dijo que la joven había ido varias veces por el «Embassy», aunque no con la misma asiduidad de míster Fenwick.

La acompañaban siempre algunas amigas, y jamás acudió sola con Fenwick. Ciertamente que este mostraba sus preferencias por la muchacha, pero la joven prefería bailar con cualquiera de sus otros adoradores.

¡Nada escapa a la vista vigilante de un «maître» de hotel!

Al policía le agradaron bastante las explicaciones de Albert. Juzgó que no estaría de más una visita a Fenwick.

La entrevista resultó algo borrascosa, en principio.

—¿Qué diablos desea de mí? —preguntó el individuo, fingiendo desconocerlo—. Estoy muy ocupado.

El policía adoptó el aire paternal.

—Hablemos con absoluta claridad, Teddy. ¿Qué te traes entre manos?

En un principio intentó negar el del monóculo, pero al fin hubo de reconocer.

—En alguna ocasión, efectivamente, fui conocido como Teddy Swift. Pero mi verdadero apellido es Fenwick.

—No me preocupa tal cosa —dijo Bill—. Con uno u otro, serás siempre el mismo. Y si la memoria no me es infiel, tienes algunas cuentas con la policía neoyorquina. ¿No es verdad?

Fenwick permaneció pensativo unos minutos antes de contestar. Después afirmó, resueltamente:

—Aunque así fuese, no existen pruebas concretas contra mí. Ningún juez norteamericano admitirá una denuncia para lograr mi

extradición. ¡Conozco las Leyes!

—No pienso molestarte en intentarlo. Solo quería advertirte que la policía francesa te vigila de cerca. Procura andar derecho: la Sûreté no es como la Metropolitana. Si cometes un desliz, no podrás evitar una temporada en Tolón... ¡o acaso en la Guayana!

Fenwick se echó a reír, alegremente:

—Le agradezco su advertencia, míster Waite; pero es totalmente innecesaria. No pienso hacer absolutamente nada reprehensible, y debo repetirle que hace años que cambié totalmente de vida.

—Celebro mucho tu regeneración —aseguró el policía—. Pero, aunque sea un poco indiscreto, me atrevería a hacerte una pregunta: ¿qué piensas de *miss* Anabella?

El tipo no se desconcertó.

—Posiblemente lo mismo que usted: ¡que es verdaderamente encantadora! Tanto, que pienso seriamente que cualquier día llegue a ser mi mujer. Hay en la Costa Azul hoteles que...

—Ya sé —atajó el federal—: tus cuentos a los nietecitos. Referente a esa joven... ¿piensas confesarle también tus andanzas, y decirle todo lo que has hecho antes de ser un caballero?

La indignación que exteriorizó Fenwick pareció auténtica y sincera. Con voz alterada, gritó:

—Y eso, ¿qué le importa a usted?

—¡Bastante! —repuso Bill, con calma—. Tengo entendido que *miss* Houston es una muchacha adinerada. ¿No te parece que en tus atenciones hacia ella puedo ver el honorable entusiasmo de hacerte con su fortuna?

—Le doy mi palabra de honor de que...

—No te excites, Teddy, ni me des lo que no tienes. Si la joven quiere casarse contigo, luego de conocer tu vida y antecedentes, no soy yo quién para hacer la menor objeción. Pero ¡quiero estar seguro de que *miss* Houston lo sabrá!

Fenwick parecía auténticamente anonadado. Con voz temblorosa, preguntó al fin:

—¿Qué piensa hacer?

—Decirle cuanto sé.

Su interlocutor se dejó caer en una silla; ocultó la cabeza entre las manos, y fue incapaz de articular una palabra durante varios minutos. Cuando al fin levantó el rostro, parecía haber envejecido varios años, y Bill se sintió un poco conmovido.

—Le suplico que no le diga nada —pidió Fenwick, con acento de angustia—. *Miss* Houston no volverá a verme; le mandaré una breve nota de despedida y no me presentaré más ante ella. ¡Deje que siga

creyéndome una persona decente! Siento por ella verdadero cariño, y sé que no querría volver a hablar con un hombre de mis antecedentes. Prefiero marcharme así; antes de que ella sienta asco, y vergüenza, al recordar mis palabras de amor.

En los ojos de Teddy se leía un vivísimo dolor. Aunque amigo de lo ajeno, había conservado cierto aire caballeresco y a Bill le dolió proceder con él de aquella forma. Pero no podía consentir que una muchacha buena, bonita y millonaria cayese ingenuamente en las redes de un aventurero.

Para convencerse de que Teddy cumpliría su palabra volvió al día siguiente por el «Claridge» a preguntar por él. Recibió la respuesta de que Fenwick había salido la noche anterior en el «Mistral», el tren que une París con Marsella.

Al parecer, pasaría una temporada en Italia, y dejó incluso las señas de la villa de Nápoles a dónde debían remitirle la correspondencia.

Miss Houston, en cambio, continuaba en París. Bill pudo verla aquella noche, de nuevo, en el «Embassy»; más radiante de juventud y belleza que nunca. En su compañía estaban dos o tres damas y varios caballeros, pero no se veía ni sombra de Teddy.

Albert, el «maître», atendió discretamente a la conversación que sostenían la joven y sus amigos, y pudo oírles comentar el viaje repentino de Fenwick.

Cuando a la mañana siguiente se entrevistó el policía con Hanigan, el inspector de la Federación de Seguros estaba inquieto y desasosegado. No le faltaban motivos para ello, por lo visto.

De una joyería del boulevard Haussmann había desaparecido —cuarenta y ocho horas antes— un magnífico collar de perlas. De otra del Faubourg Saint Honoré faltaba un anillo con una espléndida esmeralda. Las dos desapariciones se habían producido en el mismo día, las dos joyas estaban aseguradas por la Federación y en ningún caso había detalles plausibles de cómo pudieron extraviarse.

—¡Las han robado, naturalmente! —dijo Hanigan, malhumorado—. Esos idiotas de joyeros no se preocupan de vigilar las alhajas porque saben que nosotros tendremos que pagarlas. ¡A ver cómo hace usted quedar a la Interpol, amiguito!

Bill Waite compartía la opinión de su protegido y amigo, pero no en lo que respecta a la idiotez de los joyeros: Teddy era un hombre demasiado habilidoso, y en Norteamérica llegaron a temerle los negociantes de alhajas más que al diablo.

—Teddy se ha marchado ya —dijo—. Creo que no volverá a

molestarnos en una temporada.

Hilary Hanigan no parecía muy satisfecho con la explicación. Si Fenwick se había marchado, bien podía volver en cualquier instante. Aparte de que ni siquiera podían estar seguros, en conciencia, de que se hubiera ido.

Bill realizó algunas investigaciones, que sirvieron para afirmarlo en la impresión que tuvo desde el primer instante. En una de las joyerías parecían recordar la visita de un tipo con monóculo, el día que desapareció el anillo de la esmeralda. En la otra, en cambio, tenían la absoluta seguridad de que ningún individuo que tuviese parecido con Fenwick había cruzado la puerta del establecimiento.

Fue fácil comprobar que Teddy había partido en uno de los trenes más rápidos de Francia —que es como decir de Europa—, pero en Marsella se perdía la huella de sus pasos. ¡Y no llegó a la frontera italiana de Ventimiglia!

Tampoco cesaron los robos en las joyerías parisienses; convenientemente espaciados, con intervalos de varios días, se repitieron desapariciones de alhajas. Fue imposible dar con los autores, y aunque se vigiló con especial cuidado a los peristas¹ y circularon por todo el país descripciones de las joyas, estas no aparecieron.

Bill interrogó detenidamente a los dueños y dependientes de las tiendas expoliadas, pero en ningún caso se advirtió la presencia de un caballero de bigote y monóculo, de mirada penetrante y las demás características de quien se hizo llamar en París mister Teddy Fenwick.

El problema llegó a convertirse en una verdadera pesadilla para el detective. No acertaba a dar con la posible solución, y la misma Sûreté era más afortunada que él, porque no tenía que soportar las amargas lamentaciones de Hanigan.

Para el afligido inspector, cada robo era un manantial de inagotables maldiciones y quejas, y tan obsesionado puso a Bill, que el joven se detenía, instintivamente, ante los escaparates de todas las joyerías; pensando qué presa podía constituir el próximo objetivo de la banda.

Fue así como, por verdadera casualidad, volvió a encontrar a la encantadora *miss* Houston. Bill se había detenido en la rue Rivoli, frente a una joyería de los soportales, cuando un magnífico «Rolls» fue a parar suavemente en el bordillo. El coche era nuevo, y soberbio.

Un criado se apresuró a abrir la puerta, y deslumbrante de lujo y de belleza salió del interior Anabella. Llevaba puesto un magnífico

abrigo de pieles, y cruzó la acera con aire indiferente; un poco despectiva ante la admiración y la envidia.

Bill, que hacía quince días que no la veía —hostigado por los robos de joyas—, la encontró más atrayente que nunca. Pero enseguida comprobó que la muchacha pasaba muy cerca de él sin mirarlo, sin advertir siquiera su presencia.

Hubiera sido lógico marcharse, sin esperar a más, si Bill hubiera podido renunciar a ver —aunque solo fuera durante unos segundos— a la diosa. Usó, naturalmente, su discreción profesional para alejarse unos pasos, fingiendo mirar los escaparates cercanos, y así no fue objeto de la curiosidad del chófer y del lacayo, que —de pie en la acera, cerca del «Rolls» —esperaban el regreso de su ama.

Tardó en salir *miss* Houston. Ya empezaba a decirse Bill que era una chiquillada resistir allí para verla un instante, cuando la joven apareció acompañada por un caballero muy servicial y correcto. La escoltó con deferencia hasta el automóvil.

No tenía nada de sorprendente todo aquello; *miss* Houston, según los datos que Waite había logrado reunir, pertenecía a una familia rica y aristócrata de California. Debían gustarle mucho las joyas, porque siempre la había visto luciendo alhajas valiosas, y era explicable que visitase a Wharton, el joyero que tenía fama de disponer siempre de gemas del mayor tamaño y pureza.

El hecho de que el propio Wharton saliese hasta el automóvil indicaba que las compras que la joven había hecho, o que proyectaba hacer, eran de verdadera importancia.

Entonces sintió el federal un impulso tan humano como disculpable. ¡Se le ocurrió seguir a la muchacha!

A cualquier joven de cualquier país del mundo le habría pasado por la imaginación algo semejante al ver una belleza tan esplendorosa; pero resultaba difícil disculpar a Bill, precisamente en los instantes en que Hanigan le exigía una máxima actividad para descubrir a los ladrones de joyas.

Forzoso es confesar, en honor de la verdad, que cuando el joven penetró en un taxi y ordenó al conductor que siguiera al magnífico «Rolls», se sintió un poco avergonzado. Pero ya era tarde para retroceder; los dos coches estaban cruzando la plaza de la Concordia hacia los Campos Elíseos.

Durante un rato corrieron cara al Arco del Triunfo. Luego atravesaron calles elegantes en dirección a la orilla izquierda del Sena y el Palacio Chaillot.

El chófer del taxi era muy listo, o habilidoso. Procuraba no perder de vista al «Rolls», pero iba a cierta distancia para no

despertar las sospechas de sus ocupantes.

Bill creyó que *miss* Houston iría a cualquier mansión aristocrática para visitar a alguna amiga. No pudo disimular su sorpresa cuando el «Rolls» se detuvo a la puerta de un espléndido «chalet», porque, como sabía, en aquel edificio estaba instalada una afamada casa de salud.

De ella era director y propietario, a un tiempo, Alexis Dupont, el eminente psiquiatra que había conseguido extraordinarias curaciones. Su nombre aparecía con frecuencia en la Prensa, y estaba considerado como la primera autoridad gala en enfermedades mentales. Era hombre rico; perteneciente a una familia de grandes cosecheros del Languedoc. Cuando, de tarde en tarde, decidía aceptar una invitación de sus múltiples amistades, le recibían en los más aristocráticos salones con agrado. ¡Nunca se sabe...!

¿A qué iba *miss* Houston allí? ¿A invitar al famoso psiquiatra a cualquier reunión, o a consultarle sobre algún trastorno nervioso?

La más elemental discreción aconsejaba al federal alejarse de allí, volviendo a sus ocupaciones habituales; pero la muchacha le interesaba demasiado. Sentía una extraordinaria curiosidad por enterarse de cuanto con ella se relacionaba, y despidiendo al taxi se acercó resueltamente hasta el sanatorio.

Al atravesar la verja iba pensando qué pretexto esgrimir para ver al doctor, y no tuvo que esforzarse mucho en dar con él. Se presentaría como familiar de alguien a quién convenía recluir cuanto antes para hacerle recobrar el equilibrio mental.

Tuvo que hacer antesala durante largo rato, porque *miss* Houston exponía minuciosamente su caso.

Cuando salió la bella, el doctor Dupont la acompañó hasta la puerta del vestíbulo. Bill pudo ver que la joven se llevaba un pañuelito a los ojos, y que parecía haber llorado. Sintió lástima y compasión por la pobre criatura, que pasó por su lado sin mirar siquiera hacia el detective.

Bill tuvo tentaciones de marcharse, pero la curiosidad pudo más. Penetró en el lujoso despacho donde acababa de precederle *monsieur* Dupont, y comenzó a exponerle un drama con vivos colores.

—Tengo un sobrino —afirmó— que me causa gran preocupación, pues está lleno de rarezas y manías. Comprendo, desgraciadamente, que solo una temporada sometido a tratamiento podrá devolverle la razón...

Alexis Dupont lo escuchó en silencio, y luego habló con toda

claridad:

—No tiene nada de particular el caso que me expone, míster Waite. Es natural que sienta inquietud por la salud de su pariente, pero las rarezas y manías son dolencias bastante vulgares.

Bill aprovechó la ocasión que le brindaba el doctor y entabló con él una animada conversación, desviándola por el terreno que le convenía. «Míster Dupont estaría, naturalmente, muy acostumbrado a aquellas cosas. Vería todos los días cientos de tipos parecidos. Acaso la bella joven a quién había visto salir un momento antes...»

El psiquiatra se echó a reír y no tuvo más remedio que explicarse. Con cierta discreción, claro está.

—Esa joven no padece ninguna dolencia —dijo—. Se trata de un hermano suyo, que sufre la curiosa monomanía de creerse joyero. A cualquiera le presenta enseguida una factura, irritándose si no le siguen la corriente. La he pedido que me lo traiga mañana para su examen, pues quiere verlo curado rápidamente. Por desgracia, el caso exigirá una larga temporada de tratamiento...

Cuando Bill Waite salió del sanatorio, el «Rolls» había desaparecido, y el detective hizo el viaje de regreso tan campante; bastante animado, a pesar de la tristísima dolencia del hermano de Anabella. Apenas durmió; pero a la mañana siguiente —cuando acudió al encuentro de Hanigan— seguía alegre y optimista.

—Creo que hoy mismo quedará resuelto el misterio de los robos de joyas —anunció.

Hilary le miró intrigado y confuso.

—¿Y quién ha sido el autor?

—Tendremos que esperar un par de horas para saberlo —fue la extraña contestación del federal—. Solo puedo anticiparle que no es uno, sino varios.

Desde primera hora de la tarde, Bill Waite montó una discreta vigilancia en torno a la joyería de la rue Rivoli. Hubiera podido evitar el robo con solo advertir a Wharton; pero entonces no sería posible probar la culpabilidad de los autores ni recuperar las alhajas desaparecidas con anterioridad.

Era preferible esperar; dejar que en sus propias narices se perpetrara la audaz maniobra y que los ladrones se llevaran el botín. La Sûreté había sido advertida previamente, y un inspector con varios agentes secundaban las instrucciones recibidas.

Cuando a las cuatro de la tarde se detuvo ante la joyería el espléndido «Rolls» y *miss* Anabella penetró en el establecimiento, el policía yanqui tuvo la completa seguridad de que su plan no podría

fracasar de ninguna manera.

Se alejó de allí inmediatamente; para evitar recelos que pudieran frustrar sus fundadas esperanzas.

Anabella —que se había llamado Sue Swift meses atrás —entró resueltamente en la joyería y comenzó a desarrollar el plan trazado por la mente genial de su hermano Teddy. Wharton no parecía sospechar absolutamente nada, pues *miss* Houston había comprado allí diversas alhajas en varias ocasiones, pagándolas sin discutir.

Ahora la compra era mucho más importante; se trataba de un espléndido aderezo valorado en dos millones y de un collar de perlas único por su tamaño y perfección.

La supuesta *madame* Dupont —pues ante el joyero se había presentado como la esposa del famoso médico —examinó muy detenidamente el collar; se lo puso parsimoniosamente y se contempló en uno de los grandes espejos del local. Las perlas lucían en la blancura de su cuello, y Wharton exclamó, entusiasmado:

—¡Parece hecho para usted, señora! El artífice no pudo soñar una modelo mejor para lucir su obra...

Anabella sonrió, halagada y feliz.

—Decididamente, me lo llevaré —dijo—. Alexis quedará encantado al verlo...

Wharton también estaba satisfecho. Entre el collar y el aderezo hacía una operación de cinco millones de francos; cifra de bastante importancia, que le aseguraba un beneficio óptimo. La joven añadió, a renglón seguido:

—Claro está que no traigo aquí tanto dinero, pero puede usted mandar a cualquier empleado a cobrarlo a mi esposo. Dejaré aquí las alhajas... ¡aunque me gustaría llevármelas!

Wharton conocía perfectamente la psicología de sus clientes femeninos. Si para *madame* Dupont suponía un extraordinario placer llevarse las joyas, ¿por qué no había de hacerlo? Su esposo era el siquiatra más famoso de París. El mismo la acompañaría, en el «Rolls» que tenía parado ante la puerta.

No corría ningún peligro, ya que las joyas estaban aseguradas en la Federación Internacional.

Por los ojos de la joven pasó un relámpago de alegría, y sus labios se abrieron en una sonrisa conmovedora. El joyero lo comprendió perfectamente, pues cualquier mujer de cualquier latitud hubiera reaccionado igual.

¡La psicología es el vendedor número uno!

Montaron en el «Rolls», que emprendió inmediatamente la marcha rumbo al suntuoso edificio donde *monsieur* Dupont tenía

instalada su casa de salud. Llegaron en contados minutos, y el coche atravesó la verja de entrada para detenerse ante la soberbia escalinata que daba acceso al interior. Wharton había llevado las alhajas en sus correspondientes estuches, y antes de apearse del coche se las entregó a la dama, diciendo:

—Es preferible que las lleve usted puestas. Así, la sorpresa efectista será mayor.

No lo sabía él muy bien.

El doctor había sido advertido telefónicamente, y el criado de la antesala tenía instrucciones de hacer pasar a *miss* Houston y a su acompañante tan pronto como llegasen, sin hacerles preguntas innecesarias. Se inclinó ceremoniosamente al verlos aparecer, al tiempo que abría la puerta del despacho.

Dupont se puso en pie cuando entraron sus visitantes. Era alto y fuerte; con una espléndida barba negra en la que apenas se veían hilillos grises. Wharton le conocía de vista, por habérselo encontrado en algunas recepciones, y además su retrato aparecía con frecuencia en los periódicos.

La joven saludó afectuosamente al doctor, y se apresuró a decir con naturalidad, aludiendo al joyero:

—Ha venido conmigo y quiere cobrar «su factura», como es natural.

—¡Perfectamente! —asintió el alienista—. Pero siéntese usted, mi querido amigo. ¿Quiere aceptarme un cigarrillo? Para mí será un verdadero placer...

Wharton sonrió, complacido. Una venta así bien merecía un rato de charla. Aparte de que sería estupendo hablar con el hombre que tenía fama de ser una de las eminencias médicas de Francia.

Alegre y sonriente, con absoluta desenvoltura, la supuesta *madame* Dupont exclamó:

—No será preciso que asista a toda la charla, ¿verdad? No me gusta oír hablar de dinero. Los dejaré solos unos minutos, y luego volveré...

Dupont se apresuró a dar su conformidad, y Wharton la vio irse con una sonrisa complacida. Anabella salió por una puerta distinta a la que utilizó para entrar, y que el joyero supuso daría al interior de la casa. En realidad se salía por ella a un pasillo inmediato.

Mientras los dos caballeros iniciaban su palique, Sue Swift no perdió el tiempo. Cruzó el vestíbulo sin prisa, puso una propina en manos del criado que le abrió la puerta y salió al jardín. El coche esperaba al pie de la verja y la joven penetró en él.

—¡A toda marcha! —ordenó.

Minutos después, el «Rolls» emprendía una carrera vertiginosa. ¡El plan había resultado a las mil maravillas!

Evidentemente, Teddy era un genio. Solo a una inteligencia privilegiada como la suya podía habersele ocurrido que la muchacha pasase ante el joyero como esposa de Alexis Dupont, y ante el doctor como hermana de un individuo que tenía la extraña manía de cobrar facturas.

Cuando por vez primera Teddy le habló de aquel plan, lo catalogó irrealizable; era mucho más fácil escamotear alguna joya de mediano valor, ante los propios ojos de cualquier dependiente encandilado por su belleza. Pero Teddy sostenía, con cierta lógica, que la pena por ambos delitos era muy semejante.

Sue tenía en su poder el aderezo y el collar, que malvendidos siempre valdrían cincuenta mil libras. En cualquier caso había lo suficiente para que su hermano y ella pudieran vivir muchos años sin meterse en nuevas aventuras...

Lo que faltaba por realizar no podía ser más sencillo. Un viaje rápido hasta Le Bourget, donde esperaba el avión alquilado que tripularía el propio Teddy. En pocas horas habrían cruzado Francia y estarían en Colonia. Allí cambiarían por completo de nombre y de aspecto, y... ¿quién podría seguir su pista hasta Berlín?

Mientras Anabella corría hacia el aeródromo, Wharton y el doctor charlaban amistosamente. El joyero estaba un poco amostazado, pues la conversación no seguía exactamente la trayectoria que él imaginó. Alexis Dupont le había hecho algunas preguntas un tanto extrañas; incluso le lanzó una perorata hablándole de lo bien que vivían los internados en su sanatorio para enfermedades mentales y de las grandes curaciones que allí se realizaban.

Wharton asentía cortésmente a todas las afirmaciones, y al fin, cuando llevaban cerca de media hora de despropósitos, aprovechó un breve alto del doctor para insinuar:

—Supongo que estará usted muy ocupado, y no quisiera entretenerle más. Es muy interesante cuanto me dice, pero yo venía aquí a...

—A cobrar una factura —le atajó el doctor, sonriendo con afabilidad.

Sin saber por qué, el joyero se puso nervioso.

—¡Así es! —dijo—. Supongo que su esposa le habló del aderezo y del collar de perlas.

—¡Naturalmente! ¿Y cuánto valen ambos?

Wharton suspiró. ¡Menos mal!

—Dos millones el aderezo y tres el collar, en números redondos —dijo—. Pero les descontaré el diez por ciento al ser al contado.

—Un poco caros son, pero...

—¡Monsieur! —exclamó el joyero—. Especialmente el collar es un ejemplar único. No puede encontrarse nada parecido en el mundo entero. ¡Se lo aseguro como profesional!

—Le creo, si usted lo dice...

El joyero sonrió, halagado. El marido de la bella no ponía objeciones y estaba dispuesto a pagar, que era lo importante. Se hizo un pequeño silencio, y Wharton esperó que el doctor se levantara, abriese la caja fuerte y entregara el dinero o un cheque.

El doctor se puso en pie, efectivamente. Pero entonces ocurrió lo más desconcertante para Wharton. Amable y persuasivo, Dupont se acercó a él; le puso la mano en el hombro y le dijo con absoluta naturalidad:

—Pues sí, amigo mío; aquí estará usted como en su propia casa. ¡Ya lo verá!

El joyero abrió desmesuradamente los ojos. Por unos segundos la sorpresa le impidió pronunciar palabra, y al pronto creyó que su interlocutor —los sabios son tan distraídos— se había olvidado del objeto de su visita.

¡Eso era! Repetía con él las palabras que dedicaba a quienes habían de ingresar en su sanatorio.

—Perdone, doctor —dijo—, pero se confunde usted. Yo he venido a...

—¡Ya lo sé! —repuso el sonriente Alexis—. Pero le repito que una temporada aquí le sentará a las mil maravillas.

—¡Si yo no estoy loco!

—¡Bah! —contestó el médico—. Eso dicen todos.

—Pero es que...

—Nada, amigo mío. ¡Nada! Puedo asegurarle que en tres meses estará completamente curado...

—¡Qué curado ni qué niño muerto! —saltó Wharton—. Lo que quiero es que me pague... ¡Eso es! O que me devuelva el aderezo y el collar que vendí a su esposa...

—¿A mi esposa? —preguntó el doctor, oprimiendo un botón—. ¿Y si le dijese que soy soltero? Cobrar facturas es una manía, amiguito, un caso definido de paranoia, aunque nada grave.

Dos enfermeros aparecieron en la puerta, y el joyero se puso en pie de un salto.

—¡Basta ya! —rugió—. Esto es un robo, y empiezo a creer que usted está complicado en él. Voy a llamar inmediatamente a la

policía para que levante un atestado.

Hizo ademán de coger el teléfono que aparecía encima de la mesa, pero el doctor se interpuso en su camino.

—¡Tranquilícese! —exclamó—. Esa excitación no le conviene. Se pondrá usted peor, y...

Indignado, el joyero perdió el control de sus nervios. De un empujón apartó al doctor, y cuando quiso interponerse de nuevo, Wharton recordó que en su juventud había sido boxeador.

Asestó un puñetazo al médico que le hizo perder su compostura; dando un traspié fue a rebotar violentamente contra la pared del fondo.

Pero Wharton no pudo gozar mucho de su victoria. Los dos hombres de aspecto forzudo que entraron momentos antes, y de cuya presencia apenas se había dado cuenta, se echaron inesperadamente sobre él. El joyero se defendió con energía, pero a los pocos minutos de brega se vio atado concienzudamente. Aún tuvo fuerzas para gritar:

—¡Ladrones! Todos ustedes están de acuerdo para robarme, y les costará años de prisión.

El doctor ordenó a los dos sanitarios:

—Llévenle a la celda de los peligrosos; acaso sea preciso ponerle alguna inyección para calmarlo. O quizá baste con una ducha escocesa...

Los enfermeros se llevaron al infeliz, a pesar de sus protestas; místico Alexis Dupont se contemplaba el rostro, que comenzaba a amoratarse, murmurando:

—¡No creí que emplease argumentos tan contundentes!

Entre tanto, Anabella Houston, más conocida como Sue Swift, no tuvo el menor obstáculo en su camino hasta Le Bourget. En el aeródromo la esperaba Teddy, que salió inmediatamente a su encuentro. Era un tipo bastante cambiado del que Bill encontró en los salones del «Embassy»; no llevaba monóculo ni bigote, y completamente afeitado, sus ojos desaparecían detrás de unas gafas oscuras.

—¿Resuelto? —preguntó él.

—Sin la menor dificultad —completó ella.

—Pues no perdamos tiempo. ¡Vámonos!

El avión esperaba en medio del campo, dispuesto a emprender el vuelo. Hora y media después estarían en Bélgica. ¿Quién podría alcanzarlos, luego?

De pronto, una voz imperativa sonó a sus espaldas:

—¡Un momento, señores!

Ambos hermanos se volvieron, como movidos por un resorte. Frente a ellos apareció el rostro sonriente de Bill Waite, paladín del F.B.I., al que acompañaban tres o cuatro caballeros de aspecto inconfundible.

—Siento mucho, Teddy, estropearle el viaje de placer que proyectabas —dijo el federal—. Desgraciadamente, tendrás que responder a unas preguntas, y temo que no llegues a emprender el vuelo.

Bill no debió confiarse tanto, si recordaba su experiencia anterior con Sue en el yate de un ricacho apellidado Vanderlug. Fue una escena semejante, reprisada por un actor distinto.

Teddy, luego de aparecer abatido, se lanzó en tromba contra el policía. Y este fue cogido por sorpresa.

El cerebro fertilísimo del delincuente había previsto un posible tropiezo a última hora. Dos hombres, vestidos de mecánicos, eran otros tantos cómplices suyos, y montados en un «jeep» embistieron contra el grupo de la Sûreté, arrollándolo antes de que consiguieran reaccionar.

Bill no perdió toda la serenidad. Vio que el motor de la avioneta zumbaba, dispuesta a elevarse. Luchando contra sus adversarios de última hora, los policías franceses podían prestar bien poca ayuda.

Compensando el ataque del forajido, Bill Waite le lanzó al rostro una serie impresionante. Toda la variada y ruda gama del boxeo se exhibió a beneficio de Sue, que se había subido a la carlinga del pequeño aparato.

Más lejos, algunos curiosos avanzaban, corriendo. Habían observado algo extraño; pero llegarían tarde para impedir la fuga de los dos aprovechados hermanos.

Sin dejar recuperarse a su adversario, Bill combatía como un titán. Le interesaba que Teddy no se saliese con la suya, aun a trueque de dejar jirones de pellejo entre sus garras. Y así, acometió, feroz y violento, olvidando por una vez sus métodos analíticos.

Era acción lo que se requería, y Waite estaba dispuesto a darla sin regateos...

Sufriendo terribles magulladuras, y cambiándolas por otras no menos graves, la pareja en lucha se fue acercando hasta la avioneta. Ya Sue se había puesto unas gafas sobre los ojos bellísimos; sabía conducir el aparato o estaba dispuesta a pilotarlo, a riesgo de estrellarse, en cuanto que su hermano pudiera agarrarse a un alerón. ¡A trueque de dar bandazos y trompicones!

La suerte del desaprensivo Teddy fue que no se le ocurrió sacar armas de fuego, pues Bill no abandonaba nunca su «Parabellum», y

hubiese atacado con ella en caso de necesitar tal defensa. Todos los triunfos estaban de su parte, pues era un hábil tirador.

Los policías de la Sûreté no contaban. Uno había quedado magullado por el «jeep», y los otros dos harto hacían combatiendo a los falsos mecánicos. Tres elementos de los bajos fondos, apaches, habían recibido una buena soldada para proteger la marcha de los Swift.

Bill se lanzó contra el hermano de Sue cuando este se agarró al fuselaje del pequeño aparato, que empezaba a rodar lentamente por la ancha pista. Y el detective dio tan brusco tirón, que las manos de Teddy se soltaron, al tiempo que el ladrón lanzaba un grito de dolor. El delincuente cayó de espaldas, dándose un formidable batacazo.

Bill lo abandonó como mal menor, y se puso a gatear por la avioneta. Sue, asustada, arrojó los dos estuches de joyas. Quería comprar su libertad otra vez.

Pero el joven no pretendió detener a la bella, ocupada en el manejo de los mandos. Simplemente... ¡besó a la aturdida aviadora en plena boca!

—¡Buena suerte, paloma! —exclamó—. Y... ¡hasta la próxima entrevista!

No iba a ser siempre una mujer quien llevase la iniciativa en tales casos.

Lo que el policía deseaba era apartar a Sue de todos los elementos perniciosos que torcían sus aptitudes, y lo iba consiguiendo hasta la fecha; pero son tantos los desalmados que pululan por el mundo...

Bill ansió, más que nunca, volver a su patria. Estaba seguro de que Sue, sin conocidos ni amigos, tendría que regresar a los Estados Unidos a reorganizar su vida.

¡O a seguir delinquiendo en gran escala!

CAPÍTULO 3

IMPERTURBABLE, como solía estarlo cuando disertaba, Hanigan expuso a su oyente:

—Mientras un hombre no adquiere grandes propiedades rurales, no puede considerarse que ha consolidado su posición económica.

Nada había de sorprendente en tal afirmación, y menos saliendo de sus labios. Escocés típico, con todos los defectos y las virtudes de su país natal, el inspector de la Federación de Seguros sentía entrañable amor por la tierra; ese cariño que el campesino experimenta por el suelo que le proporciona el pan de cada día.

Pero si Hanigan repetía de vez en vez palabras semejantes, Bill Waite no se las tomaba en cuenta, porque su interlocutor seguía aferrado al asfalto ciudadano, y mostraba tanto apego a los negocios como desdén por la vida en la campiña.

Bill sabía todo esto, y no prestó la menor atención a los axiomas de Hilary, hasta que la siguiente afirmación del orador le hizo salir de su escepticismo.

—Pienso comprar una finca en Texas. Un latifundio, con todas las de la Ley.

—No me diga... —saltó Bill.

—Así es, amigo mío —replicó el inspector—. Y es tan espléndida la propiedad, que hace seis meses se pagaron por ella doscientos mil dólares a tocateja.

—¿Y piensa usted dar todo ese dinero? —inquirió, más sorprendido aún, el policía.

—¡Oh, no! De ninguna manera. Yo espero conseguirla en cuarenta mil. Me piden algo más; pero obtendré una rebaja antes de firmar la escritura.

El federal no acababa de entenderlo e insistió:

—¿Y dice que vale doscientos mil?

—Por lo menos, esa cantidad pagó por ella, medio año atrás, quien ahora me la vende a mí. ¡Y cuando lo hizo, es que lo vale, porque míster Lockwood no tiene un pelo de tonto!

—Pues no indica ser muy inteligente vendiéndola en la quinta parte del coste...

—¡Las circunstancias, joven, las circunstancias! Lockwood se encuentra en un grave apuro, pues necesita con toda urgencia cuarenta mil dólares. Claro que podría pedírselos a cualquier banco, poniendo como garantía su finca; pero la tramitación le llevaría un mes. Yo puedo darle el dinero en veinticuatro horas, y...

—Se aprovecha usted de las circunstancias para hacer un magnífico negocio —completó el del F.B.I., mordaz.

—La fortuna solo pasa una vez por nuestra puerta —replicó Hanigan—. Cualquiera haría lo mismo, en mi lugar.

Waite se mordió los labios para no decir algo fuerte, y es posible que la palabra «estafa» hubiese aparecido en su boca. Bill era demasiado duro, y su conciencia de puritano, muy poco compatible con la vida moderna.

No podía aprobar la conducta de Hilary, ni tampoco debía escandalizarse; así, prefirió cambiar el tema de una conversación desagradable.

En el curso de la jornada volvió a plantearse el mismo tema. En realidad, Hanigan apenas podía hablar de otra cosa: sentía verdadero entusiasmo ante el negocio que pensaba realizar, y quería que su ayudante oficial le admirase.

Comían tranquilamente en el club cuando el escocés habló nuevamente del asunto:

—Lockwood no quería venderme su finca. Deseaba solo una hipoteca, con vencimiento a seis meses fecha; pero yo no soy un prestamista judaico. Prefiero comprar...

—Y hacer un negocio más fabuloso que cualquier israelita avariento, ¿no?

—Algo hay de verdad en eso —repuso, con cierto orgullo, Hanigan—; pero la verdad es que se trata de una operación que no deja de tener sus riesgos. Yo no conozco la finca, y estoy dispuesto a comprar sin verla; es posible que no me guste la casa, o que las tierras no sean aptas para el cultivo a que yo quisiera dedicarlas...

Bill lanzó un prolongado silbido.

—Pero si no ha visto aún la finca... ¿por qué la compra, hombre de Dios?

—Porque estoy seguro de su valor —contestó Hilary, con aire de superioridad—. No conozco la propiedad ni seguramente la veré

antes de que sea mía. Mañana, Lockwood rebajará hasta los cuarenta mil «pavos» o yo subiré a los cincuenta. También es posible que el trato quede en un promedio.

—Es demasiado dinero, de todos modos, para darlo por algo que no se ha visto.

El escocés insistió:

—No cuando se sabe que tiene un valor cinco veces mayor. He leído la escritura notarial de compra, efectuada por Lockwood, y allí consta de manera terminante que dicho señor entregó doscientos mil dólares a un tal Anthony Powell, como pago de sus terrenos y casa. Para mayor seguridad pedí telegráficamente a Fort Worth que me enviasen copia de la inscripción en el Registro, y esta misma mañana la recibí. Consta, de una manera categórica, que la finca fue adquirida hace seis meses por Lockwood, y que pagó por ella la cantidad que le digo.

Todo estaba bien, aparentemente, y Hanigan había tomado precauciones para realizar un formidable negocio. Sin embargo, Bill no acababa de creer en la rebaja de tantos miles de dólares. Si alguien había comprado en doscientos mil, no era lógico que vendiese medio año después por una quinta parte.

—¿Qué sabe usted de Lockwood? —preguntó, y Hanigan le miró, sorprendido.

—Es miembro de nuestro club desde hace varios meses. Posee el título de ingeniero, y trabajó en Australia. Creo que descubrió una mina de oro, y que consiguió hacer allí una verdadera fortuna.

—Entonces... ¿por qué necesita con tan rabiosa urgencia ese dinero?

Hilary se avino a explicárselo:

—Dentro de seis días tiene varios vencimientos de importancia. Ha de hacerlos frente, porque han fallado unas cantidades que esperaba de Australia, y no tiene más remedio que hipotecar o vender sus tierras. ¿Está satisfecho, sabueso?

Todo era perfectamente viable, aunque Waite no acababa de darse por vencido. Meditó un largo rato, y luego, repentinamente, le preguntó a su interlocutor:

—¿No podría usted retrasar la firma de la escritura de compra y el pago del importe durante tres días?

—Podría hacerlo, efectivamente, sin que Lockwood experimentase un grave quebranto. No tiene que hacer frente a sus obligaciones hasta dentro de una semana, pero...

—¿Qué?

—El único riesgo es que, de no apresurarme a la compra, puede

encontrar otro que le ofrezca mejores proposiciones.

—Debe usted afrontar ese peligro, amigo mío —repuso Bill, resueltamente.

Luego fue más explícito acerca de su plan. Se proponía ir a Texas, y entrevistarse con el notario ante el que se efectuó la venta de la finca. Quería examinar el Registro de la Propiedad, y las inscripciones que figuraban en él. Deseaba, por último, hablar con el propio vendedor, para aclarar algunos extremos.

—Todo esto, contando el viaje de ida y vuelta, me llevará de dos a tres días —calculó—. ¿Me da su palabra de no hacer nada hasta mi regreso?

Hilary consideraba innecesario todo aquello; pero la suspicacia del policía excitó su natural desconfianza escocesa. No acertaba a comprender qué trama podía haber en el asunto, ni qué peligro en comprar tierras por una ínfima parte de su valor.

La experiencia, sin embargo, le enseñó que convenía hacer caso de las indicaciones de Waite, y a regañadientes dio su conformidad:

—Esperaré tres días. Si para entonces no está usted de regreso o no tiene argumentos que oponer, cerraré el trato.

Bill salió en tren aquella misma noche de Nueva York, y en las primeras horas de la madrugada se encontraba en Fort Worth. Se hospedó en uno de los mejores hoteles, durmió tres o cuatro horas, y a las diez llegaba ante la notaría, donde se formalizó la escritura.

Hubo de esperar un buen rato antes que le recibiese el notario, y emplear media hora en ayudarle a que «recordase» la operación que le interesaba. Por último, el notario dijo:

—No ocurrió nada extraño en la venta. Ante mí se presentó Anthony Powell (a quién trato desde hace años), en unión de míster Lockwood, para efectuar la operación. El primero exhibió sus títulos de propiedad en regla, y los transfirió al segundo, previo pago de la cantidad estipulada. ¡Es lo normal!

—Y ¿por qué vendía Powell?

El notario sonrió, al contestar:

—Podía contestarle, sencillamente, que porque esa era su voluntad, pero acaso faltase un poco a la verdad. La realidad es que la familia Powell —hasta hace cincuenta años una de las más ricas de la región— ha decaído mucho en los últimos tiempos. El abuelo de Anthony no habría vendido una sola pulgada de sus tierras, pero los nietos... ¡Creo que usted me comprenderá! A mi cliente le gusta demasiado el juego; ha perdido, y tuvo que cubrir sus deudas...

—¿Y no hubo nada más en la operación?

—¡Nada en absoluto! —repuso el notario—. Al menos que tenga

la menor importancia...

—Haga el favor de decirme lo que sea... Puede tener algún interés para mí —insistió el policía.

—Pues que antes de firmar la escritura, y cuando ya estaba terminada su redacción, me preguntó Lockwood si podía efectuar el pago por medio de un cheque. Era comprensible que no hubiese traído el dinero encima, dada su cuantía, y yo le dije que, si el comprador no tenía inconveniente, el pago era legal en la forma que indicaba. Powell no hizo la menor objeción, por las mismas razones, y el comprador le entregó un cheque de doscientos mil dólares.

Nada más podía decirle el notario, ni era posible encontrar allí ningún otro dato de interés. El detective marchó al Registro de la Propiedad, para examinar personalmente las inscripciones con respecto a las tierras en cuestión, pero tampoco halló nada de interés. Todo estaba tan claro y diáfano como decía Hilary Hanigan.

Las tierras habían pertenecido desde tiempo inmemorial a la familia Powell; tradicionalmente habían sido transmitidas de padres a hijos, y no había datos en los que se consignase su precio. Lo mismo podían valer doscientos mil dólares que diez mil, y por el Registro no era posible averiguarlo.

No quedaba más remedio que hablar personalmente con míster Powell. Vivía en el pueblo de Ranger, situado a unas cien millas de Fort Worth y no lejos de Cisco. Tras de comer en la ciudad, Bill se decidió a emprender el largo viaje.

Hubo de tomar un coche, y llegó al oscurecer. Cuando el vehículo se detuvo ante una posada, el federal preguntó por la dirección de Anthony Powell. Era cerca de allí, por fortuna.

Habitaba el viejo libertino en un caserón, sobre cuya puerta de entrada lucía un historiado escudo. Powell recibió al policía en su biblioteca, pero no se mostró muy dispuesto a hablar de lo que interesaba.

—Es cierto que efectué esa venta a Lockwood —concedió—, pero no creo que tenga que responder a ninguna pregunta con respecto a los móviles de ella ni a la forma en que la realicé. ¡Pagué al Fisco, y el recibo obra en mí poder!

Waite decidió pasar la noche en la localidad. Estaba seguro de que algún cliente de la posada —de los que formaban allí tertulia luego de la cena— podría darle algún indicio orientador. Así fue, y no necesitó hablar con ningún parroquiano para saber cuanto le interesaba, sino que el propio posadero le dio cuantos datos pudiera necesitar.

Comenzó hablándole de los Powell, que habían sido durante siglos dueños absolutos de la comarca, y propietarios de todas las tierras de la aldea cuando los famosos policías rurales. Pero en los últimos treinta años la familia había perdido mucho, especialmente desde que Anthony quedó al frente de los intereses familiares. Amigo del juego y de la bebida, provocó no pocos escándalos. Luego, falto de dinero, tuvo que ir vendiendo una tras otra las tierras a los antiguos arrendatarios.

—Desde hace cinco años no le queda ni una sola hectárea que produzca más que hierbajos —terminó.

Aquella afirmación sobresaltó a Bill. ¡Era precisamente lo que iba buscando! Habló entonces de una gran venta efectuada seis meses atrás por míster Powell, y mencionó el nombre de Lockwood. Para el posadero no era totalmente desconocido el australiano.

—¡Sí! —recordó—. Era un caballero que vino en compañía de míster Powell, y que estuvo hospedado durante unos días en su palacio. Se dijo que había comprado algunas tierras, pero tienen que ser unos terrenos pantanosos a orillas del Trent.

La simple mención de la cifra de doscientos mil dólares hizo reír, escépticamente, al posadero. Aquellos terrenos no podían valer ni cinco mil. Solo un hombre que estuviera rematadamente loco, o que quisiera arruinarse, pagaría por ellos un centavo más. Y, desde luego, no creía que en todos los días de su vida hubiera visto el actual Powell una cantidad tan fabulosa.

A la mañana siguiente, acompañado del posadero, que se prestó a mostrárselos, visitó Bill los terrenos que compró Lockwood. Eran extensos, efectivamente; pero total y absolutamente improductivos. La única edificación que se veía en ellos era una antigua casa de campo, medio arruinada, por la que nadie daría quinientos dólares.

El federal calculó que quien pagase por todo aquello cinco mil dólares habría dado mucho más de lo que realmente valía.

A media tarde estaba Bill de regreso a Fort Worth, deseoso de efectuar nuevas investigaciones. El notario recordaba perfectamente en qué banco había de pagarse el cheque de los doscientos mil dólares, y Bill hubiera podido terminar su misión de estar abiertos los establecimientos bancarios.

Pero a la mañana siguiente pudo darla fin en poco más de dos horas. En el banco le dieron toda clase de facilidades —por ser policía—, y se realizaron rápidamente algunas comprobaciones. Cuando Bill se dirigió a la estación, dispuesto a tomar el tren de regreso, en sus labios aparecía una sonrisa de triunfo.

Llegó a Nueva York por la noche, pero no fue a ver a Hanigan

hasta el día siguiente. No es que dejase transcurrir la noche sin hacer nada, por el contrario, estuvo muy atareado.

Cuando a media mañana llegó a ver al inspector, Hilary le miró, con verdadera indignación.

—¿Por qué no me ha telefoneado? —dijo—. ¡Seguro que no encontró nada de lo que buscaba! Usted ve fantasmas por todas partes, y con sus ridículos temores ha estado a punto de estropearme el mejor negocio que ha pasado por mis manos...

Bill se limitó a sonreír, sin decir nada de cuanto logró averiguar, y Hanigan añadió que aquella misma mañana, a las doce, efectuaría la compra. Ya se había puesto de acuerdo con Lockwood.

Lo peor del caso era que —como el vendedor afirmaba tener otros compradores—. Hilary tuvo que subir la oferta hasta cincuenta mil dólares.

—Su intromisión me ha costado un buen pellizco —refunfuñó—. ¡Una cosa más que tengo que agradecerle!

El detective le pidió entonces que, como un favor especial, le dejase asistir al acto de la compra. Su amigo accedió de mala gana, advirtiéndole previamente:

—Pero no diga ni haga absolutamente nada. ¡No quiero que al final me estropee el asunto!

Lockwood era un hombre de cuarenta años, elegante y cortés. Se inclinó ceremoniosamente al saludar a Bill Waite, y luego, tomando asiento, no quiso perder inútilmente el tiempo.

—Aquí traigo los títulos de propiedad de los terrenos, y supongo que usted me entregará el cheque correspondiente. Yo le firmaré la cesión y la formalizaremos ante el señor notario.

Hilary Hanigan expresó su absoluta conformidad. Lockwood dejó sobre la mesa sus títulos de propiedad, y el inspector de la Federación de Seguros se dispuso a extender el cheque correspondiente.

Fue entonces cuando se produjo la inesperada intervención de Bill Waite.

—Creo, amigo Hanigan —dijo—, que el cheque debía usted extenderlo contra el Mapalache Bank...

Lockwood palideció ligeramente, aunque recobró la calma mediante un poderoso esfuerzo de voluntad. Hilary miró indignado a su amigo, mientras murmuraba:

—¿A qué viene esa broma estúpida?

—¡No es ninguna broma, inspector! Mister Lockwood, aquí presente, puede atestiguar las extraordinarias y sorprendentes virtudes del banco en cuestión. ¿No es cierto?

Lockwood lo miró, un tanto desconcertado; luego, su mirada fue hacia Hilary. Por último afirmó, con un encogimiento de hombros:

—¡No comprendo lo que quiere decir!

—Pues es fácil de entender —continuó el federal—. Mapalache es un establecimiento maravilloso, donde los cheques sufren tales alteraciones en su cuantía como el valor de las tierras de la comarca.

Hilary Hanigan comenzó a comprender que en las palabras de Bill había algo más que una broma. Y eso porque Lockwood reflejaba en su rostro la más absoluta estupidez.

—Como broma me parece de muy mal gusto —murmuró el australiano.

—Repito que no es ninguna broma, y usted lo sabe. Por ejemplo, uno firma ante notario un cheque por valor de doscientos mil dólares, y cuando ese cheque aparece en las ventanillas del banco, solo es de diez mil. Lo más asombroso es que quien lo cobra no protesta si le dan la vigésima parte de lo que debían.

Lockwood comprendió en aquel instante que Bill Waite conocía toda la verdad. Hanigan mismo sospechó que había algo sucio en el fondo del asunto —aunque no acababa de comprender en qué podía consistir—, y Bill le orientó del modo más original:

—Si usted firma ese cheque por valor de cincuenta mil dólares contra el Mapalache Bank, cuando lo presenten al cobro no será más que de dos mil quinientos, y habrá hecho un magnífico negocio...

—Eso quiere decir...

—... que Lockwood dio ante el notario un cheque a Anthony Powell. Pero que después, en la misma puerta de la notaría, aquel cheque fue sustituido por otro de diez mil, que es el precio que pagó por unos terrenos que no valen más que para pescar ranas...

—¡Mentira! —gritó Lockwood, poniéndose en pie—. ¡Quien afirme eso es un miserable!

Waite se precipitó sobre el impostor, y lo zarandeó rudamente. En sus ojos grises había un fulgor diamantino, que amansó instantáneamente al australiano.

—¡Calma, señores! —pidió Hanigan, y su amigo recobró en el acto la compostura.

Dirigiéndose al que tenía sujeto —casi en vilo—, le dijo, con voz acuciante:

—Es inútil que pretenda usted mostrarse indignado, señor mío. Estuve con el notario que legalizó la escritura, y he visto las anotaciones de su cuenta corriente en el Mapalache. Si nunca tuvo

en ella más que once mil dólares... ¿cómo podía firmar un cheque por valor de doscientos mil?

Lockwood calló, abrumado. No sabía qué responder para hacer frente a las acusaciones del federal, y a su pujanza física.

Tras una pausa, Bill continuó:

—No es preciso un gran esfuerzo de imaginación para deducir lo sucedido. Usted conocía la situación apurada de Powell, y comprendió que sus terrenos solo servían para una cosa: ¡la estafa!

Lockwood reflexionó durante unos minutos. Luego, con una sonrisa cínica en el rostro, murmuró:

—Se ha estropeado el negocio. ¡Qué le vamos a hacer! Supongo que no intentará nada contra mí, ¿verdad? No he cometido ningún delito, ni tienen pruebas para perseguirme ante los Tribunales.

—Eso no pasa de ser una opinión suya —replicó Hanigan, fríamente—. Mi amigo puede enviarle una temporada a cualquier lugar de descanso, por cuenta del Estado y vestido con un bonito traje a rayas. Hay una falsedad por partida doble en la escritura notarial, y en el Registro, con respecto al precio de venta. Las declaraciones del notario, del gerente del Mapalache y de míster Powell serían definitivas —hizo un ademán grandilocuente, y siguió—: Pero no quiero escándalos. Solo le exijo que antes de cuarenta y ocho horas salga de la Unión, para no volver. Pasado mañana a estas horas presentaré al F.B.I. la denuncia correspondiente, en caso contrario². ¡El señor —señaló a Bill—, es agente federal!

Lockwood, vencido en toda la línea, hubo de prometer solemnemente que embarcaría rumbo a América Central.

Cuando se marchó, Hanigan dio las gracias a Bill en términos efusivos:

—Me ha salvado usted de perder cincuenta mil dólares, y no sé cómo agradecerérselo... ¡Ese bandido...!

Bill, con gesto de contrariedad, le preguntó:

—¿Por qué no ha presentado la denuncia, para hacerle pasar unos años en presidio? —sonriendo, el joven se contestó a sí mismo, acto seguido—: Pero ¡ya lo sé! Ha querido evitar a Hilary Hanigan, inspector de la Federación de Seguros, la vergüenza de que se supiera públicamente que pretendió aprovecharse de un pobre diablo, para comprarle en cincuenta lo que valía doscientos.

—Tiene usted un cerebro pervertido... —denegó el gran tacaño—. Solo quise dar una oportunidad a Lockwood para regenerarse.

CAPÍTULO 4

N

O había hecho Waite sino terminar su solitario almuerzo, cuando vio acercarse a su amigo Hilary Hanigan, preocupado.

—Bill —le dijo este, sin perder tiempo en preliminares inútiles —: he pasado por su casa porque necesito que me dé un consejo.

—Dígame usted cuál es el problema, y luego ya veremos...

—Se lo diré inmediatamente —repuso el inspector de la Federación de Seguros—. Ayer me habló usted de que había muchos delincuentes sueltos por la ciudad. ¿Es cierto?

Bill asintió, con un movimiento de cabeza.

—Supongo, naturalmente, que se referirá usted a la banda de Swift.

—No a esa, precisamente —aclaró Bill—. El pobre Teddy está pasando una temporada en el palacio «presidial»; pero hay otros que andan sueltos por ahí. He visto por ejemplo, a Jimmy. ¿Se acuerda usted de nuestro viejo amigo Jimmy? Pues estaba en este mismo restaurante hace escasamente una hora.

—Es un hombre muy raro —dijo Hilary—; pero supongo que no tendrá nada que ver con él...

—Pues se equivoca usted —dijo Bill—. Recuerdo que en una ocasión, en Pernambuco...

Esta vez le tocó interrumpir al escocés:

—Deje a un lado sus recuerdos —se apresuró a cortarle—. ¡No me interesa Jimmy, ni sus aventuras! Quiero hablarle del banco aquel... ¡del Mapalache!

Hilary se sentó frente por frente al detective. Bill sacó una petaca con puros y ofreció uno al inspector, que aceptó el mejor antes de dar comienzo a su historia.

—Ha venido a visitarme esta mañana míster Kay, director de la casa central. Es un antiguo amigo y nos conocemos desde niños,

porque hemos nacido en el mismo pueblo.

—¿Y bien?

—El pobre Kay venía asustado. Hace meses descubrieron que el director de una de las sucursales había contraído deudas peligrosas, y el resultado fue que aquel hombre tuvo que abandonar su empleo, no sin firmar antes un documento renunciando al despido y los derechos que hubiese conseguido durante los años de servicio.

—Y ahora —afirmó Bill— supongo que pretende dinero en cantidad, gracias a algún conocimiento adquirido (no importa por qué medios) acerca de la marcha interna del banco. ¿No es así?

Hanigan le miró, con aire admirativo.

—Hay momentos, Waite, en que me parece usted demasiado inteligente... —dijo.

—Continúe —acució Bill, sin hacer caso del elogio—. Siga, porque me parece comprender que al final de todo ese embrollo habrá algún trabajo para mí.

—Como usted dice —prosiguió Hanigan—, ese caballerete se marchó, llevándose consigo una importante información acerca del banco, sobre todo de sus negocios, métodos e informes. Ocupó un puesto de confianza en la sede central del banco, en San Francisco, y se ha enterado de más de lo que ahora convendría.

—¿Se llevó el fichero? —preguntó Bill, extrañado.

Su interlocutor movió la cabeza, haciendo un gesto negativo.

—No; pero tiene una memoria extraordinaria. Dicen que es de esos tipos capaces de repetir toda una columna de periódico, con solo habérsela leído una vez. Quizá no haya confiado exclusivamente en su cabeza, y durante todo ese tiempo fue copiando cuanto le parecía interesante, para utilizarlo ahora.

—¿Por qué supone eso?

—Porque el tunante se ha acercado en los últimos tiempos a varios directores de sucursales, de los que figuran en los ficheros con la denominación de «generosos» o «descuidados», reclamando su ayuda para realizar algunos negocios. Kay está en un brete, lo mismo que todo el Consejo de Administración del Banco.

—¡Claro! Temen que empiecen a producirse «distracciones», que redunden en graves pérdidas para ellos.

—¡En efecto! Tan asustados están, que ayer, después de celebrar una reunión, decidieron ponerse en contacto conmigo.

—¿Los bancos pretenden asegurarse contra posibles pérdidas? —preguntó el asombrado Bill.

—¡Exactamente! —asintió Hilary—. Creen que tardarán tres meses, como mínimo, en tomar todas las medidas precisas para

hacer imposible cualquier fraude. Desean que nosotros cubramos los riesgos que pudiesen correr en ese tiempo, y... usted tiene que trabajar intensamente.

—¡Pobre de mí! —dijo Bill, compadeciéndose a sí mismo—. Bueno; ¡iremos a ver a Kay!

El federal trazó rápidamente sus planes, y los ultimó antes de levantarse de la mesa del restaurante. A poco tomaban un taxi, que les dejó ante la sede central del Mapalache.

Kay era un hombre pensativo, delgado de cuerpo y de aspecto reconcentrado. Le dio toda la información que pudiese desear, y con gran paciencia contestó a docenas de preguntas.

—Veremos ahora lo que podemos hacer —dijo el policía, después de oírle atentamente—. No me extrañaría nada que el antiguo empleado haya caído en manos de una banda de ladrones; ni tampoco que, proporcionando a la banda toda la información, esta se apreste a dar un fuerte golpe. El único problema para mí es adivinar en qué sucursal intentarán maniobrar. ¡Y tienen ustedes ochenta!

Kay asintió. Estaba afligido, por una sola vez, del auge de su negocio.

—¡Eso! ¿Qué sucursal atacarán? —se preguntó sobresaltado—. ¡No es posible protegerlas todas a un mismo tiempo!

—Sí es posible —replicó Bill—. Al menos, es posible para el F.B.I. Por mi parte necesito hacer una investigación en los ficheros del banco, pues en ellos espero encontrar la pista que me oriente respecto a mis futuros trabajos...

Pasaron la mayor parte del día examinando meticulosamente los ficheros, especialmente en lo referente a las condiciones y cualidades personales de los directores de las diferentes sucursales. Kay insistía en el secreto profesional y en la necesidad de que el policía olvidase cuanto veía luego de su labor.

En los ficheros había cosas muy interesantes respecto a los directores de las sucursales. Bill vio que uno de ellos era aficionado al espiritismo, que otro tenía un hermano huésped de varias penitenciarias, y que un tercero sentía una excesiva inclinación por las apuestas.

Pero, a fin de cuentas, era justo reconocer que la mayoría de las anotaciones loaban las excelentes cualidades de los empleados del Mapalache Bank. Lo que más atrajo la atención de Bill fue una ficha, en la que se leía:

«Jorge Bowley, director de la sucursal de Plymouth.

Hombre inteligente, emprendedor y honrado. Soltero, ha estado prometido tres veces con otras tantas mujeres. Es muy sensible a la influencia femenina, e inclinado al «flirt». Bebe poco y observa buena conducta. Ideal para sucursales rurales o para ciudades pequeñas, donde no haya muchos atractivos mundanos».

Bill siguió revisando los ficheros. Pero aunque encontró dos o tres empleados pasablemente sospechosos, nada le pareció tan interesante como la sensibilidad a la influencia femenina que atormentaba a míster Bowley.

Al anoecer conversó un buen rato con Kay, y, tras hacerle diversas preguntas con respecto a varias sucursales, le habló, con aire casual:

—¿Hacen ustedes mucho negocio en Plymouth, Michigan?

—¡Y magnífico! —fue la respuesta del director general del banco—. Es el centro de una zona industrial muy importante, y base de buenas operaciones con la firma «Ford». Pero... ¿es que le interesa a usted Jorge Bowley?

—Sí —confesó el detective—. Estaba pensando en él. ¿Qué clase de tipo es?

—Un empleado magnífico —repuso Kay—. Su único defecto es que le gustan demasiado las faldas. El otro día estuvo aquí, precisamente, con su última novia, y esta vez creo que será la definitiva. ¡Ha tenido suerte! Si a Bowley no le satisface su novia, es que no puede agradecerle ninguna mujer...

—¿Bonita? —preguntó Bill.

—¡Preciosa! —repuso, con cierto entusiasmo, Kay—. Delicada, sensible, elegante y en esa edad maravillosa en que la muchacha se transforma en mujer. ¡Una rubia como no se ven en las películas!

Bill, aquella misma noche salió Hudson arriba, y a la mañana siguiente llegó a orillas del lago Michigan. Fue un viaje largo y bastante pesado, pero Bill Waite acostumbraba a soportar las molestias inherentes de su profesión.

Se instaló en la mejor fonda de la localidad y charló un buen rato con el propietario.

—¿Paran aquí muchos forasteros, amigo? —preguntó, tras de una divagación sobre los más diversos temas.

—¡Sí, señor! —repuso el fondista—. Hay dos caballeros que han venido a pescar, y varios señores que van y vienen a sus fincas de los alrededores.

Citó varios nombres, y entre ellos aludió a *miss* Kilroy.

—¿Kilroy? —preguntó Bill, interesado—. ¿Está aquí esa señorita? Me parece que el nombre me suena...

—Es la novia de míster Bowley, el director del Banco Mapalache —informó el fondista—. Sus amores parecen de novela, pues creo que se conocieron en Nueva York hace solo un par de semanas. El padre de la muchacha es un banquero de Gales, de modo que Bowley tendrá una mujer que sepa tanto como él de negocios.

Después de almorzar, Bill se dio un paseo por la ciudad, que apenas era más que un pueblo grande y rico. Tras de recorrer diversas calles, penetró en el edificio más suntuoso de todos; el banco. Allí entregó su tarjeta a un empleado, que lo metió al instante en el despacho del director.

—Cómo puede usted ver —dijo el policía al enamorado—, la carta de presentación de míster Kay vale para los directores de todas las sucursales. Se trata de una inspección general.

Después de examinar detenidamente la firma de su jefe máximo, Bowley preguntó:

—¿Qué quiere usted de mí, Waite?

—En primer término, saber si vive usted en el propio edificio del banco.

—Sí. En el piso de arriba —dijo Bowley, con una sonrisa cortés—. Como estoy soltero (aunque creo que no será por mucho tiempo), tengo sitio de sobra...

—¿Y hace usted su vida aquí? —inquirió Bill, motivando cierta sorpresa por parte de su interlocutor.

—Por lo general —replicó el empleado, tras un momento de silencio—, no ceno en casa, sino en la fonda que está en la carretera; pero algunas noches lo hago en mi cuarto. Tiene comunicación con el banco, y también, independientemente, con la calle.

Bill permaneció en silencio, pensativo. Luego añadió, como al desgaire:

—Quisiera hacerle otra pregunta, si me lo permite. Si cena algunas noches en la fonda, y otras aquí... ¿va usted a algún otro sitio?

—Sí —dijo Bowley, tras cierta vacilación—. Tengo un amigo en la localidad, y hay veces que ceno con él. Pero ¡supongo que al banco le tendrá eso sin cuidado!

—Lo único que le interesa —se apresuró a decir Bill— es saber si se queda alguien vigilando el edificio, cuando usted se marcha a cumplir con la amistad.

—¡Naturalmente! —replicó Bowley—. Siempre que salgo se

queda de guardia algún empleado. Cuando yo estoy, no hace falta. Tenga la certeza de que siempre hay una persona en la casa...

—¡Así me gusta! —aprobó el policía—. Y ahora, como pregunta final... ¿recibe usted en su casa a algunos invitados?

—Generalmente, no lo hago —replicó, con cierta irritación, Bowley—; pero si quiero recibir a alguno en mi domicilio, es asunto que únicamente me interesa a mí.

—Le ruego que recuerde que esta conversación es estrictamente confidencial —dijo Bill, sin perder el control—. No quisiera que, en modo alguno, dijese usted una palabra acerca de ella a nadie, ni aun a las personas que le sean más «queridas» —recalcó—. Supongo, claro está, que algunas veces invitará usted a algún amigo...

—Así es, efectivamente —confesó Jorge Bowley—. Mañana por la noche vendrán a tomar café, por ejemplo, mi prometida y su tía. Me gusta distraerme un poco después de los días de mercado, que son de intenso trabajo. Cómo ve, el banco apenas tiene movimiento hoy; pero mañana habrá una jornada de mucha agitación. Ya lo verá usted, porque supongo que se quedará unos días...

—¡Oh, no! —afirmó Bill—. Esta misma noche me iré.

—Lo siento —dijo Bowley, dando un suspiro de alivio—, porque me hubiese gustado que viniese usted mañana...

—Ya me presentará usted a su prometida otra vez —manifestó el detective.

El director de la sucursal se despidió, sonriente, del inquisidor. Quiso borrar cualquier mala impresión en el «inspector», dándose cierta importancia.

—El Sindicato de la Metalurgia va a comprar una serie de terrenos —expuso—. Mañana vendrán agentes para formalizar las operaciones, y como primera medida han trasladado desde la central medio millón de dólares. A esa cantidad hay que sumar casi otro tanto que suelo tener siempre en caja los días de mercado.

—Y ¿por qué tanto dinero en metálico? —preguntó Bill, con una curiosidad muy lógica.

—¡Verá! Los granjeros sienten cierta desconfianza en aceptar cheques. ¡Prefieren cobrar en billetes de banco! —aclaró Jorge Bowley.

Con ello se dio por terminada la entrevista.

Al día siguiente, en efecto, las calles de Plymouth estaban llenas de granjeros, que esperaban hacer negocio en la localidad. Hubo toda una serie de transacciones vulgares, pero el tema principal de los comentarios eran los deseos de comprar del poderoso Sindicato.

Como transcurrió el día y los agentes de fincas no aparecieron

por parte alguna, hubo muchos que pensaron que se trataba de un «bluff», especie que era negada rotundamente por los que habían conversado con ellos. Lo cierto es que los agentes no llegaron a comprar granjas y tierras, como se esperaba, y el día finalizó sin ningún acontecimiento sensacional.

Al anoecer, Bowley despidió a los empleados. Subió a su piso para hacer los últimos preparativos a fin de recibir dignamente a sus visitantes, cenó rápidamente, y tenía todo preparado antes de que llegasen las dos mujeres que esperaba.

Cuando llamaron a la puerta, el joven bajó rápidamente la escalera. Abrió, dejó que entraran su prometida y la tía de su novia, y volvió a cerrar, acompañándolas hasta sus habitaciones.

—Tienes una casa muy bonita —dijo la joven, al entrar en un saloncito luego de la inspección.

—Nunca será como tú, hasta que vivas en ella —dijo el banquero, galantemente.

En efecto, *miss* Kilroy era divina sin acudir al maquillaje, muy delgada y esbelta. Su acompañante, una mujer de mediana edad, en tiempos tampoco debió ser un esperpento.

—¿Son tuyos todos estos muebles? —preguntó la prometida, después, al encandilado banquero.

—Casi todos —asintió Bowley, sonriente—. Desde luego, no es necesario que vivamos aquí cuando nos casemos. He comprado una casita en las afueras, y la estoy arreglando a mi gusto. Creo que te parecerá mejor para el nido.

—¡Magnífico! —afirmó la muchacha, suspirando—. ¿Quieres que te haga el café, cielo?

—Voy a hacerlo yo —repuso el efusivo Bowley—. Así verás cómo me gusta, para lo futuro.

Pocos minutos después colocó sobre la mesa tres tazas y una cafetera humeante. Llenó los pocillos de café, charlando animadamente, y entonces, por primera vez, habló la tía.

—Querida —dijo dirigiéndose a su sobrina—: ¿te has fijado cómo llevas los zapatos?

La armoniosa muñeca se miró los pies con gesto de contrariedad. Se le habían soltado los lazos.

—¿Habré venido así por la calle? —se preguntó, con cierto aire de turbación y disponiéndose a atarlos.

—¡Permíteme que haga yo ese trabajo, tan placentero para mí! —dijo el cortés y acuciante Bowley.

Se arrodilló en el suelo, a los pies de su amada, y la tía no encontró la menor dificultad para realizar sus planes. Rápidamente

vertió un narcótico —que llevaba preparado— en la taza del banquero.

—¡Ya está! —dijo el jefe rural del Mapalache, sentándose en su sillón—. Ahora vamos a ver qué te parece mi café...

Las dos mujeres tomaron sus tazas respectivas, y bebieron.

—¡Delicioso! —dijo la joven, tomando el contenido de la suya—. ¡Eres un genio, Jorge!

Bowley sonrió con orgullo, y sin la menor vacilación se bebió de un sorbo el contenido de su taza.

—No me parece tan bueno como... —empezó.

No pudo decir más. La taza se le escapó de las manos, y él mismo cayó al suelo, arrastrando consigo la silla en que estuvo sentado minutos antes.

La muchacha se puso rápidamente en pie, se dirigió a la ventana y miró hacia fuera. Luego habló a la anciana, con aire de completa tranquilidad:

—Los muchachos están ahí ya. Vaya a abrirlos, tía, mientras me quedo vigilando a este pobre infeliz.

Los dos caballeros que, según el fondista, «habían venido a pescar» aguardaban en la puerta cuando la vieja les abrió. No perdieron tiempo en subir hasta el saloncito, y uno de ellos hizo un gesto de aprobación al contemplar el cuadro. Luego se acercó sonriente a la muchacha, que tampoco había malgastado segundos: ya había registrado concienzudamente al caído, quitándole dos llaves de un gran manojó.

—Esta es la de la caja de caudales —indicó ella—, y esta otra de la puerta de entrada al despacho. Date prisa, Cris. ¿Habéis traído el coche?

—Está en la esquina, con el motor en marcha —dijo el bandido, cogiendo las llaves.

Luego, dirigiéndose hacia su compañero —que esperaba su descanso junto a las oficinas del banco—, le dijo:

—No necesitas el soplete, Butch: tenemos las llaves gracias a la muchacha. ¡Es una artista!

Cuando desaparecieron por la oscuridad, la joven se sentó apaciblemente, esperando a que terminasen su sencilla tarea. Encendió un cigarrillo y lo fumó pensativamente.

Sus cómplices tardaron un buen rato, pero no le extrañó, porque les llevaría tiempo cargar con todo el contenido de la caja fuerte. De pronto se abrió la puerta del piso, y ella no se molestó en mirar hacia allá; estaba segura de quién era.

Se puso en pie, tiro el resto del tabaco y preguntó:

—¿Acabasteis?

—Por completo —respondió una voz conocida.

Ella se volvió, desconcertada, y se encontró con el rostro sonriente de Bill Waite.

—Totalmente acabado, querida Sue —afirmó el detective, sin dejar de sonreír—. Los compañeros federales estaban abajo, esperando que se decidiese a bajar el amigo Wall; así que pudimos echarle mano como a un sietemesino.

De un salto llegó al lado de la joven; le quitó el revólver y la dijo, moviendo la cabeza con gesto desaprobatorio:

—Hubiese querido salvarte, muñeca, pero veo que no hay manera. Tienes malos instintos, y no ignoras ya que, por manejar estos juguetes, pueden colgarte cualquier día. ¡Y ya sabes que el verdugo no se siente nada galante en estos casos!

Por toda respuesta, la muchacha echó a correr; cruzó la puerta y descendió a la carrera los peldaños de mármol. Su tía le siguió como la sombra al cuerpo, y Bill no hizo nada por detenerlas.

* * *

—El tal Sindicato metalúrgico —dijo el federal explicando el asunto a Hilary días más tarde— era, en definitiva, una banda conocida. Habían depositado el dinero en la sucursal del Mapalache para robarlo con toda comodidad y reclamar después el pago de sus dólares.

—Y ¿qué hay de Bowley? —preguntó Hanigan—. ¿Podrá reponerse, el pobre?

—De los efectos del narcótico, sí. Pero no sé si su corazón resistirá la traición de la dulce e inocente Sue.

CAPÍTULO 5

T

ODAVÍA gruñó varias veces Hanigan, mientras examinaba unas cuentas de Bill. Los gastos del federal le parecían excesivos al inspector de la Federación de Seguros.

Cierto que Waite había salvado a la entidad de pagar muchos millones de dólares, y que un centavo por cada dólar basta para abonar su cuenta; pero de todas formas, a Hilary le resultaba un dispendio. Cuando llegó Bill no pudo contenerse.

—¡Hombre! Sea usted un poco más económico —estalló—. Se está comiendo los dividendos de la Compañía...

—Ni lo creo, ni me preocupa gran cosa —repuso, tranquilamente, el policía—. Además, trabajo lo suficiente y gano más de lo que me dan. ¿Por qué está tan enfadado?

—¡Por sus gastos en Montecarlo! Me parecen desorbitados, teniendo en cuenta que solo pasó allí una semana. ¿Es que jugó al «ferrocarril», o compró el Jardín Exótico?

Bill Waite se echó a reír.

—Cuando me habla usted así, es que me tiene trabajo preparado. No se ande con rodeos y dígame lo que debo hacer. Procuraré no arruinar a su «pobre» Federación.

Hanigan permaneció pensativo unos momentos antes de responder a su amigo.

—Se trata de lord Yarrowby, que... —comenzó.

Bill le interrumpió, poniéndose en pie de un salto:

—¿Es que ha tenido usted la audacia de asegurar el diamante de lord Yarrowby?

—¿Por qué no? —repuso el inspector—. En realidad se trata de un buen negocio; únicamente cubrimos los riesgos entre el momento de su llegada a Washington y su exhibición al público de la Casa Blanca.

—Son pocos días, pero demasiado el peligro —gruñó Bill—. Estaba preocupado estos días, pensando que se atreviese usted a correr el riesgo, porque algunos caballeros andan como locos detrás de esa piedra... «El Tenaza», Jim y los hermanos Roy están deseando echarle mano al famoso diamante...

¡Era una verdad como un templo!

Durante varios días todos los periódicos del mundo habían consagrado gran espacio en sus columnas al diamante Yarrowby, hablando de su peso, de su tamaño, de su brillantez y de las románticas circunstancias en que había sido descubierto por el propio millonario en una de sus minas.

Tanto se había hablado de él, que todo el mundo conocía de memoria las características de la gema que se exhibiría, para admiración de las gentes, en el propio domicilio presidencial.

El diamante había sido tallado en Ámsterdam, a los pocos días de sacarlo de la tierra azul. Era una de las mayores piedras conocidas, y su llegada se esperaba con ansiedad. No solo por los joyeros, sino por el público en general.

—Pues bien —dijo Hanigan, después de un momento de silencio—: hemos aceptado todos los riesgos en relación con ese diamante, y es preciso que mañana noche, a la llegada del «Manderic» a Washington esté usted en el puerto de Alexandria³ para entrevistarse en el barco con el lord inglés. Recuerde que mi responsabilidad comienza en ese momento y termina en el instante en que sea entregado a lord en el Capitolio.

—¿Puedo preguntarle la cuantía del seguro?

—Dos millones —resopló el financiero—. Me pone usted nervioso con sus preguntas. Váyase al barco y tenga mucho cuidado, aunque no estará solo; dos agentes de la Pinkerton acompañan a la gema desde Holanda...

Bill cogió el primer avión que salía hacia Maryland, donde supo que el diamante viajaba en el propio camarote de lord Yarrowby. La piedra estaba vigilada día y noche por guardias de vista, y en el camarote había una caja fuerte cuya combinación conocía únicamente su dueño, que dormía junto a ella y apenas se apartaba un momento de su lado.

Por si fuese poco, a Alexandría habían llegado varios hombres más del F.B.I. para evitar cualquier sorpresa desagradable.

El barco no atracó en el muelle hasta las siete de la mañana, y uno de los primeros en saltar a bordo fue Bill Waite. Preguntó por lord Yarrowby, y sus compañeros de Departamento le hicieron pasar hasta su camarote.

Cuando entró vio que había cuatro personas.

Debían ser los detectives de la Pinkerton, el propio millonario, y un individuo que tenía trazas de criado.

Fue este último quien más llamó su atención, porque iba completamente desnudo de medio cuerpo para arriba. Lord Yarrowby, un hombre alto y de aspecto inteligente, sonrió al darse cuenta de la sorpresa de Waite.

—Le estaba esperando a usted —dijo, cuando examinó su credencial—. Ya veo que le sorprende el aspecto de Louis, mi criado. Va medio desnudo porque toca a veces el diamante, y yo no permito que lo toque a menos que esté en condiciones que le impidan jugarme una trastada. No me fío de nadie, porque... ¡mire esto!

Metió la mano en un bolsillo, y sacó unas piedras coloradas. Se las entregó a Bill y este comprobó que estaban fabricadas con una arcilla seca y pulimentada.

—¿Qué significan? —preguntó el federal, bastante sorprendido—. No será un nuevo juego, supongo...

El millonario se echó a reír, y luego se explicó:

—He recibido estos tres pedazos de barro colorado desde que empezó el viaje. Han sido dejados en mi camarote por personas cuya identidad no ha podido aclararse, en unión de trocitos de papel en los que había escrito: «La rapidez de la mano engaña a los ojos». Esta es la causa de que extreme mis precauciones y de que haga que Louis, cuando se acerca al diamante, vaya desnudo de cintura para arriba. Usted, que por lo que veo es un detective hábil, juzgará.

—Del F.B.I. —recordó—. Afecto a la Compañía Mundial de Seguros.

—¡Muy bien! Entonces voy a mostrarle la joya, para que vea que continúa en la caja al llegar a Alexandría.

Abrió el arca de caudales, y dijo al criado:

—Saca el diamante, Louis, mientras yo vigilo. No me fío ni de mí mismo desde que hallé el maldito pedrusco —aclaró para beneficio de Bill.

El criado metió la mano y sacó una cajita. Allí, envuelta entre algodón, estaba la joya más asombrosa que vieron ojos humanos; el gran diamante llamado, con justicia, «la lágrima de Dios».

El criado entregó el diamante a lord Yarrowby, que a su vez se lo entregó momentáneamente a Bill, diciéndole:

—¡Cuidado! Tiene usted en sus manos ahora una incalculable fortuna...

—Pues vuelva a guardarla —replicó el detective, devolviéndoselo—. Porque no quiero sentir emociones tan fuertes...

El criado había estado manipulando con el algodón en que venía envuelto el diamante.

—¿Ve usted el diamante? —inquirió lord Yarrowby, dirigiéndose al detective—. ¿Ve usted que lo metemos dentro de la caja? Pues bien; igual que ahora asistirá usted a su traslado a la Casa Blanca.

Entregó el diamante a Louis, que lo tuvo un momento en sus manos. Desde donde estaba, Bill pudo ver la operación, y a Louis que envolvía la gema en el algodón, dejándolo en su cajita.

Después de hacerlo, el criado se apartó unos pasos y quedó en el centro de la habitación; con los brazos en cruz y las manos muy abiertas. Sin perderle de vista, lord Yarrowby cerró la caja; luego se acercó al criado y lo miró escrutadoramente, examinando concienzudamente todo su cuerpo.

—¡Date la vuelta ahora, Louis! —ordenó.

El criado lo hizo, volviéndose de espaldas. Bill pudo ver que apenas si llevaba encima de su cuerpo más que el pantalón de un pijama, porque iba hasta descalzo. A pesar de lo cual, su señoría lo registró detenidamente.

—Acaso le parezca todo esto un poco fantástico —dijo lord Yarrowby, volviéndose hacia el detective cuando hubo terminado—. Pero algunos negros sudafricanos son capaces de ocultar diamantes entre los dedos de las manos. Y lo que hace un negro puede hacerlo también un blanco, ¿verdad, Louis?

El criado suizo replicó, con una sonrisa desvaída y complaciente:

—Sí, señor.

Luego se fue. El millonario se creyó entonces en el caso de explicar sus planes, tanto a Bill como a los agentes de Pinkerton:

—Y ahora, caballeros, tengo algo que será para todos, pero muy especialmente para el representante de la Compañía aseguradora, una grata sorpresa. Voy a montar una guardia especial en torno a la caja dónde está guardado el diamante. La formarán diez hombres armados, cada uno de los cuales ha sido escrupulosamente seleccionado por un amigo militar; entre antiguos soldados suyos de absoluta confianza. Son hombres por encima de todas las sospechas; llegué a un acuerdo con mis amigos, por cablegrama, y espero que los diez hombres suban a bordo de un momento a otro.

Bill recordaba haber visto en el muelle a unos cuantos hombres de aspecto marcial, que fueron los que pocos minutos después se presentaron en el camarote. Serios y graves, estaban dispuestos a

cumplir escrupulosamente su deber.

El policía asistió al traslado de la caja fuerte —desde el barco— a un vagón, donde quedó depositada con la guardia correspondiente. Luego dijo a lord Yarrowby que deseaba hacerle unas cuantas preguntas:

—Cuando quiera —replicó amablemente su señoría.

—Mis preguntas se relacionan con su criado Louis, que, a menos que yo sufra una grave equivocación, es agente de una banda de ladrones.

Lord Yarrowby lo miró sorprendido y desconcertado.

—¿Por qué se atreve a suponerlo? ¿Es que le conocía usted, o que le ha visto coger algo?

Bill no contestó directamente.

—Estoy convencido de que el diamante está dentro de la caja fuerte, donde lo vimos meter. Repito, sin embargo, que su criado es un ladrón. Generalmente trabaja con independencia, pero en ocasiones decisivas se pone de acuerdo para prepararse ayuda mutua. Si su criado está en combinación con una banda, ahora no podría decírselo. ¡Pero sí que es un ladrón y fichado como tal!

Lord Yarrowby le escuchaba con profundo disgusto.

—No tengo motivos para dudar de su palabra —dijo—, pero me extraña cómo ha podido descubrirlo tan rápidamente. En cuanto a robar...

Bill sacó del bolsillo medio dólar de plata. Lo depositó a la vista de su interlocutor en la palma de la mano, y luego cerró rápidamente el puño.

—¿Cree usted que la moneda está aquí? —preguntó, mostrándole la mano cerrada.

—Me sorprendería que no estuviese —repuso el millonario, que había visto la moneda al cerrarse la mano.

—Pues está usted equivocado —afirmó Bill, mostrando la palma de la mano totalmente vacía—. Se trata de un truco muy sencillo, y quería probar si conservaba habilidad en las manos.

—Entonces, ¿quiere usted decir que Louis...? —comenzó lord Yarrowby.

—Le aseguro —interrumpió el detective, para tranquilizarle— que el diamante sigue en la caja fuerte, y debe usted aceptar mis seguridades de ello.

—Me parece —dijo el millonario, después de un rato de meditación— que deja usted volar un poco su fantasía. Hace un año que Louis está a mi servicio, y siempre se ha portado perfectamente...

—¿Cuánto le da usted como sueldo y extras? —preguntó el agente del F.B.I.

—Pues... ¡Bien! Le doy cien libras al año.

Bill sonrió ladinamente.

—Es difícil que cien libras aseguren la lealtad de su criado. De todas formas, el diamante no me preocupa mucho, pues si desaparece sé dónde podré encontrarlo.

Lord Yarrowby arrugó la nariz al oír la afirmación.

—Me parece que le gusta a usted presumir —comentó—, pero dejemos esto. Lo mejor será que tomemos algo...

Para Bill fue un viaje muy tranquilo. La mitad de su preocupación había desaparecido desde que advirtió algunas maniobras de Louis. Cuando estaban llegando a la ciudad, lord Yarrowby fue a sentarse en el mismo coche en que viajaba Bill.

—¿Sabe usted —le dijo— que casi le doy la razón, y que estoy dispuesto a no permitir a Louis que se acerque a cien yardas de la caja fuerte?

—Puede hacer lo que le parezca —respondió el federal, indiferente—. Pero no creo que Louis tenga ya el menor interés en acercarse a ella... En realidad, me sorprendería bastante que no desapareciese en cuanto lleguemos a Washington.

—¿Sin el diamante? —preguntó el millonario, incrédulo—. Si continúa en la caja...

—Sin el diamante —repuso el detective, con la más absoluta convicción.

Luego estuvo pensativo un rato, hasta que acabó pidiendo al millonario:

—¿Tendrá usted inconveniente en dejarme las bolas de barro que encontró en su camarote?

—¡Ninguno! Guárdelas todas desde ahora mismo.

El detective las sopesó, pensativo, y dando las gracias a lord Yarrowby, se las guardó.

Tan pronto como el tren llegó a la capital de la Unión, Bill se fue a dar una vuelta por el despacho de Hilary Hanigan.

—¿Qué hace usted aquí, cielo santo? —preguntó, sorprendido y alarmado, el inspector de la Federación de Seguros—. Pero ¿no sabe que es preciso vigilar día y noche la caja que guarda el diamante, sin perderla de vista ni un minuto?

—Lo sé; pero también sé que las personas necesitan dormir alguna vez —repuso Bill, sin perder la calma—. Sobre todo cuando el diamante está completamente seguro.

Como prueba contó la conversación que había tenido con lord

Yarrowby, y su firme convencimiento de que alguna banda de ladrones andaba detrás del diamante. Cuando terminó su relato, Hilary estaba tan agitado y tembloroso como un flan.

—¡Pues si quieren apoderarse de él, no podemos dormir! —exclamó—. ¡Váyase, por lo que más quiera, Waite, y no pierda de vista la dichosa caja!

—El arca está guardada en los sótanos del Banco Nacional y dudo mucho que me permitan pernoctar allí, pese a todas las credenciales del mundo —replicó el policía—. El martes, lord Yarrowby trasladará la caja, convenientemente custodiada, hasta la Casa Blanca, donde se expondrá el diamante con todas las seguridades imaginables... ¡y algún que otro discurso!

El martes por la mañana, Bill recibió una llamada telefónica de lord Yarrowby. La voz del millonario reflejaba una ansiedad extraordinaria al decir:

—¿Sabe usted que Louis, mi criado, salió ayer y no ha vuelto en toda la noche?

—¿El virtuoso Louis, que llevaba un año a su servicio? —inquirió Bill, con cierta ironía.

—¡Sí! ¡El mismo! Le vieron a última hora tomar un tren hacia el Norte.

—Supongo —dijo Bill— que habrá decidido regresar a su tierra natal, a buscar entre las verdes montañas suizas la paz y la tranquilidad, disfrutando del dinero ganado.

—¿Cree usted que se ha llevado la piedra? —preguntó el noble inglés, desdeñando la ironía.

—Tengo la seguridad de que no se la ha llevado. No estaría yo aquí, en pijama y leyendo tranquilamente una novela, si tuviese la menor sospecha de que hubiese hecho juegos malabares con el diamante.

Oyó un gruñido de satisfacción al otro extremo del hilo. Después, lord Yarrowby le dijo:

—La entrega oficial del diamante será a las once en punto. Deseo que no falte usted.

Bill acompañó a la caja fuerte en su traslado desde el banco y fue uno de los pocos que entraron en el saloncito donde se pronunciaron los discursos. Habló primero lord Yarrowby, y contestó el ministro del Interior, elogiando su conducta. Luego, el lord en persona procedió a abrir la caja fuerte y a sacar la cajita que contenía el tesoro.

Abrió esta última no sin cierto nerviosismo, apartó los algodones y la seda que encubría el diamante y puso al descubierto lo que

Louis tapó la mañana de la llegada del barco a Alejandría.

Entonces retrocedió un paso, con un grito de horror. ¡El diamante había desaparecido!

En su lugar estaba una piedra colorada, de tamaño y forma muy semejante a las terracotas que el lord encontró varias veces en su camarote. Y a las que llevaba Bill en el bolsillo.

—¡Lo han robado! —gritó, con voz trémula—. ¿Cómo han podido llevárselo, Dios mío?

Bill oyó un gemido a su lado. Al volverse vio fijos en él los ojos de mister Hanigan, que también había sido invitado a la ceremonia en su calidad de asegurador.

Lord Yarrowby se dirigió entonces, con gesto descompuesto, al federal. Ya no era el caballero sereno y dueño de sí que Bill conoció unos días antes.

—¡Es usted el responsable de todo! —le gritó—. Usted me dijo que el diamante estaba en la caja, y si sabía que Louis lo había robado debió detenerlo inmediatamente.

El ministro se acercó al grupo.

—Pero... ¿creen ustedes, en verdad, que han robado la piedra? —preguntó, sin acabar de convencerse.

Yarrowby ya no era capaz ni de hablar. Se limitó a asentir con un movimiento de cabeza.

Siguió un pesado silencio, y con voz alterada, lord Yarrowby pudo preguntar al policía:

—¿Qué nos dice en su defensa?

Bill estaba serio; muy preocupado y pensativo.

—Únicamente puedo asegurarles que cuando la caja fuerte salió del barco, el diamante estaba dentro de ella.

—Entonces... ¡peor para ustedes! —replicó el millonario, dando un suspiro.

—¿Es que estaba asegurada la piedra? —preguntó el ministro, en el mejor de los mundos.

—En dos millones —le contestó, ya más dueño de sí, lord Yarrowby.

Hanigan se decidió a hablar, con aire digno y solemne:

—La Compañía pagará si no logramos recuperar el diamante. Mister Waite asegura que la piedra estaba dentro de la caja cuando la sacaron del barco, y tenemos que pagar; porque estoy seguro de que dice la verdad. Ahora lo que se necesita buscar es quién ha podido abrir la caja desde entonces...

—¡Nadie! Absolutamente nadie —aseguró, resueltamente, el millonario.

—Lo veremos —dijo Bill—. Mientras tanto, me gustaría llevarme esto.

Cogió la bola de barro cocido, que todavía seguía envuelta entre algodones, y la comparó con las otras que sacó del bolsillo. Luego, acompañado de Hanigan, abandonó el palacio. No hablaron una sola palabra hasta que llegaron al despacho de la Federación de Seguros.

—Es un asunto muy serio, y muy grave —dijo Hilary, desplomándose pesadamente en su sillón.

—Así parece —convino Billy—. Tenga esto y cuide de ello —añadió, al darle las bolas coloradas—. ¡Guárdelo bien! Voy a hacer unas gestiones, y procure conservar la tranquilidad...

Sus gestiones le llevaron directamente al F.B.I., donde estuvo un buen rato. No regresó al despacho de Hanigan hasta las tres de la tarde, hallando al inspector desconcertado y confuso.

—Le he estado llamando por teléfono a todas partes, Bill —dijo—. ¿Dónde ha estado usted?

—Dando una vueltecita —respondió, tranquilamente, el detective federal—. En el Departamento.

—¿Sí? Pues el Departamento mismo envió a buscar las piedras.

—¡Ya lo sé! —aclaró Bill Waite—. Mandó un inspector con una orden escrita, y usted se las entregó sin la menor dificultad. ¡Ya sé que lo hizo, aunque no debía!

—¿No debía hacerlo? —preguntó Hanigan, sobresaltado.

—Verá... —repuso Bill—. Debe saber que el inteligente inspector que trajo la orden, en propia mano, es conocido en la vida real con el nombre de Butch Scort. Es, naturalmente, un ladrón; quizá el más peligroso de todos. La orden estaba, lógicamente, falsificada.

Hanigan cambió de color.

—Pero no se asuste usted —continuó Bill—: le cogimos al salir de su despacho. En realidad estábamos esperando que viniese para cogerle con las manos en la masa. ¡Ah! Ahí llega lord Yarrowby.

El inglés entraba en aquel momento, acompañado de un alto funcionario del Federal Bureau of Investigation. Llegó corriendo y emocionado.

—¿Es cierto lo que me han dicho? —preguntó—. ¿Es verdad que tuvieron éxito?

—¡Enteramente verdad! —repuso el federal—. Cogimos, naturalmente, al autor de la bromita; es un antiguo conocido nuestro, y uno de los ladrones más inteligentes con que contamos.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una piedra colorada.

—Esto es lo que vino a buscar Scort, y lo que le dio Hanigan, a

cuyo cuidado lo dejé, aun sabiendo que no tardaría en buscarla nuestro hombre. Es, como pueden ver, lo que lord Yarrowby encontró al abrir la caja que guardaba el diamante, y que tomó por una de las bolas de barro cocido que encontró varias veces en su camarote.

Alguien trajo un vaso de agua, y Bill dejó caer dentro la piedra. Inmediatamente, el agua se tiñó de rojo.

—Como ustedes ven, la capa de encima se va deshaciendo rápidamente. Parece barro, y lo es; pero crudo.

A los dos minutos sacó la bola y comenzó a frotarla rápidamente con unos papeles. Asombrado, lord Yarrowby gritó:

—¡El diamante!

—El diamante, en efecto —replicó Bill, con calma. Está cubierto, simplemente, por una capa de barro, que Louis dejó rápidamente en la envoltura de algodón, mientras nosotros examinábamos la piedra en el camarote. Cuando usted se la devolvió, la metió entre los algodones, cuidando que el barro lo cubriese perfectamente. Tan rápida y hábilmente lo hizo, que usted no se dio cuenta. Louis sabía que cuando el barro se secase parecería una de aquellas bolas de arcilla que dejaba, día tras día, en su camarote; sin otro propósito que engañarlo.

—Pero aun siendo así, ¿cómo pensaba llevarse la piedra?

Bill sonrió.

—Es mucho más fácil para un ladrón robar en las oficinas de la Compañía de Seguros que en los sótanos de un banco. Y ni siquiera necesitaba realizar un robo difícil. ¿No es verdad, Hanigan?

Hilary pretendió defenderse:

—La orden del F.B.I. parecía verdadera. De otra forma, yo no hubiese entregado la piedra...

Riéndose, le interrumpió Bill:

—¡Bah! La cosa no tiene la menor importancia. No se preocupe, que no van a colgarle por su ingenuidad... ¿Verdad, jefe? —terminó, volviéndose hacia el funcionario federal.

CAPÍTULO 6

O

LVÍDATE de ese Bill Waite —dijo Joe Crane—. Te aseguro que Sue es una de las mujeres más inteligentes, y con más sentido común, que he encontrado en toda mi vida.

Tyke Sullivan no parecía muy convencido, y replicó algo en voz baja. Era un hombre muy fuerte, de cara cuadrada y barba espesa, que miraba displicente a su compañero, más bajo y débil que él.

—De todos modos, la chica me gusta —afirmó, tras una breve pausa—. Y te diré más, Joe; quisiera tenerla a mi lado, aunque me pidiese mil dólares semanales...

Cómodamente sentados en la espléndida playa de Palm Beach, los dos rufianes tenían el aspecto de caballeros que hablasen apaciblemente de cualquier cosa inofensiva.

—¡Ahí viene! —exclamó Joe, en aquel instante—. Lo que piensas de ella puedes decírselo tú mismo.

A los pocos segundos Sue estaba a su lado, deslumbrante de belleza y de lujo. Iba vestida a la última moda, con exquisito gusto y corrección, y sin faltarle el más mínimo detalle. Los dos amigos la hicieron un sitio y se sentó entre ellos, luego de saludarlos con el afecto que se debe a antiguos compañeros.

—Precisamente estábamos hablando de ti, preciosa —dijo Joe, inmediatamente—. ¡Mala suerte la de tu pobre hermano!

Sue se volvió hacia Tyke, preguntándole:

—Pero ¿hablabais de negocios? Yo creí que estabais descansando una temporada.

—Y no te engañas —gruñó el hotentote, cerrando un ojo—. Puedo permitirme el lujo, después del asunto de la Quinta Avenida, de entregarme a las dulzuras del hogar.

—La verdad es que yo también estoy decidido a llevar una vida seria y respetable, Sue —intervino Joe, meloso.

—¡Qué cosa más rara! —dijo la bella, con cierto aire festivo—. ¿Será efecto de la primavera?

—Y del amor —contestó Joe, lanzando una mirada incendiaria—. Pienso dedicarme a negocios honrados de ahora en adelante.

—Entonces... ¡querréis algunas acciones de la Compañía que estoy formando! Puedo proporcionároslas, y así nos repartiremos las ganancias.

—¿Qué Compañía es esa? —preguntó Joe Crane—. ¡Desde luego, acepto, siendo tuya!

—Una Compañía naviera —aseguró seriamente Sue—. Voy a establecer una línea directa con los principales puertos de América del Sur. No a mi nombre, naturalmente; pero he comprado todas las acciones de una sociedad que explotaba un vaporcito que hace fácilmente treinta nudos por hora. Saldrá de aquí el día siete del próximo mes, con carga general para Buenos Aires...

—No parece mala idea —dijo, por pura cortesía, Tyke Sullivan; no demostró el menor entusiasmo tampoco.

—Claro está —continuó Sue, sin desalentarse por la frialdad de la acogida —que no embarcaré en la ciudad. ¡Oh, no!

De ninguna manera. En realidad, para hacer bien las cosas, he comprado también una magnífica canoa automóvil, que nos aguardará en un sitio llamado Seaford...

—¿Qué te propones? —inquirió Sullivan, comenzando a comprender que tras las palabras de la bella había una segunda intención—. ¿Por qué no puedes embarcar en la ciudad?

—Porque antes me propongo realizar una divertida empresa, que deseo que hunda para siempre el crédito de mi querido amigo Bill Waite, el federal.

—Eso ya me gusta más —repuso, decididamente, Joe—. ¿Dónde será el golpe?

—En Broadway —contestó Sue, sin querer ser más explícita.

—¿Hay mucho dinero?

—¡Bah! Solo un poco —afirmó, irónicamente, su bellísima interlocutora—. Supongo que entre cinco y seis millones de dólares...

Sullivan dio un salto en el asiento. Luego afirmó, resueltamente:

—Tengo la seguridad de que no se trata de una broma, y cuenta conmigo. Un negocio de esa importancia necesita de la ayuda de todos, y no vayas a creer que lo hago exclusivamente por el dinero. ¡No! Lo que más me interesa es llevar acabo la empresa contigo...

A la misma hora, aproximadamente, charlaban Waite y Hanigan en su hotel:

—La alta sociedad tiene costumbres muy extrañas, de las que no sé si le he hablado ya en alguna ocasión... —decía el escocés.

—Creo —replicó el detective, amoscado— que me ha hablado cien veces de todas las costumbres, raras o normales, que pueda tener la aristocracia del mundo entero. Pero, prescindiendo de rodeos... ¿en qué está usted pensando?

—En el próximo baile de Beneficencia.

—Pues no es nada original, por su parte. Hay mucha gente que piensa en estos momentos en el famoso baile. Son caros los billetes, ya que cien dólares es mucho dinero por una entrada; pero estoy seguro de que al baile en el Carnegie Hall acudirá la flor y nata de la aristocracia. Y los que sin ser nobles, tengan joyas que lucir.

Hilary asintió con un movimiento de cabeza, añadiendo:

—Así será. Especialmente si se confirma, como en tantas otras ocasiones, mi teoría acerca del espíritu interesado de las mujeres. ¡Pocas serán las que no sueñen con un éxito en el «deceit present»! Mis teorías al no estar equivocadas...

—No se moleste en explicarme sus ideas —le interrumpió Bill—: ¡las conozco todas! Prefiero que me diga si en esa rifa, tómbola, lotería, o lo que diablos sea el famoso «deceit present», habrá algún premio realmente práctico...

—¡Vaya si lo habrá! —aseguró Hilary—. Nada menos que un collar de perlas valoradas en cinco mil dólares. ¿Qué le parece?

—Que empiezo a alarmarme —repuso el policía—. Supongo que no se le habrá ocurrido asegurar ese collar, ¿verdad?

—No, ¡gracias a Dios! No tengo nada que ver con el baile de Beneficencia, ni tampoco el F.B.I. Si le hablaba de él era, simplemente, para reforzar mi teoría. El interés, y la avaricia, son las columnas que sostienen el templo de la sociedad moderna, que...

William Waite, del Departamento Federal y agregado a la Federación de Compañías de Seguros, hubo de resignarse a escuchar una vez más la filosófica disertación de Hanigan acerca de los errores y defectos de la sociedad.

Le oyó con gesto beatífico, haciendo muecas de asentimiento cuando no entendía una palabra. Le había tranquilizado, por completo, saber que no tenían nada que ver con el famoso baile. En realidad le hubiese molestado ocuparse de él, porque aquellos días tenía demasiadas cosas que hacer.

Los dos ladrones más temibles de América estaban a la vista. Tyke Sullivan y Joe Crane se movían activamente por los alrededores, y no había duda de que tramaban algo de importancia.

Bill llevaba unos días dándole vueltas a la cabeza; procurando encontrar una pista de Sue, e indicios de lo que tramarían tan distinguidos caballeros... de industria.

Durante varios días no consiguió nada práctico, pero una tarde en que su aburrimiento le impulsó a leer los periódicos de la mañana, en un artículo encontró algo. Bajo el poco atractivo epígrafe de «¿Suben los precios de los flotes?» encontró un párrafo que atrajo su atención. Decía textualmente:

«El precio pagado por el “Luana”, pongámoslo como ejemplo reciente, parece totalmente injustificado. El “Luana” es un barco bastante rápido, pero que, según ha demostrado la práctica, no da resultado económico en su explotación. En su construcción se sacrificó a la velocidad el espacio que debiera destinarse a la carga».

—¡Ostendowsky! —se repitió una y otra vez, pensativo, Bill—. ¿De qué me suena a mí ese apellido?

Fue rápidamente a un cajón de su mesa, sacó una libreta de apuntes y la estuvo hojeando durante un buen rato sin encontrar lo que buscaba. Pensó con el mayor cuidado, y al fin el subconsciente le avisó: recordóle el nombre de la playa belga de Ostende, con una terminación rusa o polaca.

Se echó a reír, divertido. La vida volvía a mostrarle su atractivo.

—Sí —le dijeron por teléfono, desde el despacho de la compañía naviera, en respuesta a sus preguntas—. El comprador del barco es una mujer. Y muy guapa, por cierto. Pero hemos respetado sus deseos; al parecer se trata de hacer un buen regalo a alguien, y oculta su verdadero nombre.

Bill se apresuró a ir en persona a las oficinas, y tuvo la suerte de hablar con el empleado que había celebrado la operación. Por las señas que dio, el policía tuvo el convencimiento de que la compradora fue su antigua conocida Sue Swift.

El barco permanecía atracado en un muelle del Bronx. Era un buque de líneas esbeltas y graciosas.

Estaba cargando carbón en el preciso instante en que Bill llegó a sus proximidades, y al mismo tiempo que carbón, subían a bordo toda una serie de grandes baúles. Pero no fue esto lo más chocante, sino ver que izaban varias cajas de botellas de champán. Sin vacilar, el detective se dirigió hacia el oficial del barco, que dirigía las operaciones de carga.

—¿Admiten ustedes pasajeros? —preguntó.

El oficial le miró sorprendido.

—¡No, señor! Es un barco de carga —contestó.

—Le ruego que me perdone. Pero supuse que iría toda una serie de caballeros distinguidos, al ver cómo cargaban varias cajas de licores.

El oficial debía tener instrucciones concretas, porque no se molestó en responder una palabra a esta última observación.

—¿Van a hacer un viaje largo quizá? —siguió preguntando el detective.

—Es posible —replicó el oficial, lacónicamente—. A mí ya me gustaría estar de vuelta.

—¿La atracción del hogar? —inquirió Bill, y el interpelado asintió.

—Voy a tener que pasarme fuera de casa otros dos meses, y mi mujer está enferma, ¿comprende?

—¿Cuándo salen ustedes? —dijo Bill, alargando ceremonioso su pitillera de oro.

Ofrecía la paz a la moda india.

—Mañana por la noche, supongo —respondió el oficial.

Bill pensó entonces que la brusquedad de sus respuestas se debía más a las preocupaciones familiares del interesado que a las instrucciones que hubiera podido recibir. A otras varias preguntas del federal, añadió:

—Iremos a un puerto del Sur, donde esperaremos a que embarquen los nuevos propietarios del buque. Desde allí no sé dónde marcharemos...

—Pues yo tengo la impresión de que no se alejarán ustedes mucho de la Unión...

—¡Así sea! —dijo el oficial, fumando con agrado—. ¡No sé por qué diablos hacen un misterio de todo ello!

Bill decidió arriesgarse. Le gustaba la cara del marino, y no creía engañarse al juzgarlo persona decente. Tan seguro debía estar Sue de haber borrado por completo sus huellas, que había dejado en sus puestos a los antiguos tripulantes del vapor; no suponía que nadie pudiera descubrirla bajo el nombre de Harold Ostendowsky. Waite mostró su carnet federal al oficial.

—De modo que es usted policía, ¿eh? —inquirió el marino, mirando con curiosidad a su interlocutor—. ¿Es que hay algo turbio en el asunto?

—Bastante, aunque no puedo decirle exactamente cuánto —aventuró Bill—. Creo que puede serme usted de utilidad, y en tal caso no dejaré de pagar generosamente sus servicios. No tenga la

menor preocupación de que su actitud sea desleal; o estoy completamente equivocado, o los propietarios del «Luana» tendrán que comparecer dentro de unos días ante un tribunal que les juzgue. Quizá tenga usted que quedarse aquí entonces para declarar como testigo —terminó.

El oficial sonrió, complacido.

—Estoy dispuesto —afirmó— a hacer todo lo que sea preciso. ¡Así no me apartaré de mi pobrecita esposa!

Charlaron extensamente, y en el transcurso de la conversación el marino dijo algo que Bill consideró de interés:

—Una de las pocas cosas que sé —afirmó— es que debemos esperar en un puerto de la costa a que embarquen los propietarios. Estos, en unión de varios amigos, saldrán de aquí después de asistir a no sé qué baile o cotillón.

—¿Será el de la Beneficencia, acaso?

—No lo sé. Tienen que ir a ese sitio, y después acudirán a buscarnos en una canoa-automóvil.

Bill comenzó a ver delinearse, claramente, el plan trazado por Sue y sus compinches. Se despidió del oficial del «Luana», regresó al centro de la ciudad y comenzó a trabajar con actividad.

La secretaria de la Comisión organizadora del baile de Beneficencia era una mujer que tenía cierta experiencia en la organización de fiestas de caridad, pero poca belleza y simpatía.

—¿De quién partió la idea de organizar este baile? —preguntó el federal, sin darse a conocer.

—Lo siento, señor; pero es un secreto —replicó la adusta secretaria.

—Pues no tiene que sentir nada —contestó Bill, un poco agriamente—, porque sé perfectamente que la idea, y los primeros pasos de la organización los ha dado un filántropo llamado Harold Ostendowsky.

—¡Bueno! Y si lo sabe... ¿por qué me lo pregunta?

La secretaria se expresaba en tono seco y cortante. Para limar asperezas, Bill la hizo saber que tenía gran influencia en la mayoría de los periódicos neoyorquinos, los cuales podían contribuir al mayor éxito de la fiesta. A partir de entonces le fue fácil averiguar todo lo que le interesaba.

A esta entrevista siguieron largas conferencias en las oficinas del Federal Bureau of Investigation, a las que asistieron las personalidades más diversas e inesperadas. No solo acudieron representantes de la policía, sino incluso del Almirantazgo. El resultado fue que al surcar el yate las tranquilas aguas del océano —

en la mañana del día que había de celebrarse el famoso baile —dos destructores hicieron su aparición, colocándose solícitos a sus costados.

Y no fue esto solo. Cuando el «Luana» se detuvo, los dos destructores anclaron también.

Ello sorprendió mucho al capitán del barco; pero no al segundo oficial, que sabía perfectamente a qué atenerse.

No había la menor duda acerca del éxito económico del baile de Beneficencia. Los alrededores del Carnegie Hall aparecían llenos de coches lujosos, en los que acudía a la fiesta lo más selecto de la sociedad neoyorquina. Los amplios salones estaban llenos de damas y caballeros dispuestos a bailar durante seis horas, alegres y satisfechos de realizar de modo tan agradable una obra de caridad.

En uno de los palcos se hallaba Sue, elegantemente vestida y vigilando el gran salón. A su lado, Joe Crane no podía ocultar su euforia y optimismo.

—Es maravilloso —decía—: ¡maravilloso! ¡Fíjate en los pendientes de aquella señora, y en el collar de aquella otra, y en aquel brazalet! Y en... ¡Eres un genio, un verdadero genio! ¡A nadie más que a ti se le podía haber ocurrido algo tan asombroso!

—Es verdad —refunfuñó Tyke Sullivan.

Hubo una breve pausa. Luego, señalando hacia una puerta que desaparecía bajo enormes cortinas de damasco, Joe preguntó, bajando instintivamente la voz:

—¿Es allí?

Encima de las cortinas se veía un letrero luminoso, que decía:

«DECEIT PRESENT»

«A las once en punto, tickets colorados».

—Sí, allí es —explicó Sue a sus acompañantes—. Todas las señoras que posean *tickets* especiales entrarán a las once en punto. Es un lujoso saloncito, y en él reuniremos a las damas que nos interesan. ¡Además tiene salida directa a la calle!

—¿Y quiénes son las que tienen pases colorados? —inquirió Tyke, que no conocía a fondo todos los secretos de la complicada organización.

—Hemos distribuido los *tickets* en la puerta —respondió Sue—. A las señoras que llevan joyas que merecen la pena se los hemos dado colorados, como tú dices. A las otras, se los dimos blancos. ¿Comprendes ahora, gorila?

Sullivan asintió con un movimiento de cabeza, exteriorizando

luego su admiración:

—¡Eres única, Sue! ¿Y qué tengo que hacer yo, aparte de adorarte?

—¡Muy poco! Estar en el coche, preparado y dispuesto a salir a toda velocidad, junto a la puerta de la calle que da entrada al saloncito. Cuando tomemos las joyas a las señoras, tarea de la que nos encargaremos personalmente Joe Crane y yo, tú cuidarás el volante hasta salir de la ciudad rumbo Sur.

—¿Y si se estropea el auto en el camino?

—Tenemos tres, preparados escalonadamente en la ruta que hemos de seguir. El barco está en Seaford, y acabo de recibir un telegrama del capitán. Tomaremos la canoa, iremos al buque y nos marcharemos a Chile o Uruguay sin dejar el menor rastro. ¿Sé hacer bien las cosas, o me dejé algún cabo suelto?

Joe señaló a una dama alta, esbelta y elegantemente vestida, que llevaba al cuello una verdadera fortuna en joyas.

—Esa tiene, desde luego, *ticket* especial —dijo, con un gruñido de satisfacción.

A las once menos cuarto, entre risas y bromas, las señoras comenzaron a formar cola delante de la puerta misteriosa. Los *tickets* tenían impresa una explicación de cuanto habían de hacer. Las «beneficiadas» entrarían a las once, y las que habían recibido los tarjetones blancos lo harían a las doce.

Como Sullivan comprobó, antes de salir a poner en marcha el automóvil, la mujer alta que señaló Joe ocupaba uno de los primeros puestos en la fila.

A las once en punto se descorrieron las cortinas, se abrieron de par en par las puertas y fueron entrando las señoras. Dos caballeros impecablemente vestidos examinaban rápidamente sus billetes.

Después se cerraron las puertas, tornaron a correrse las cortinas, y las señoras que habían recibido *tickets* blancos empezaron a pensar en la remota esperanza que les guiaba hacia el magnífico collar de perlas del sorteo.

¡Estaban muertas de envidia!

Mientras, en el interior del saloncito se desarrollaban las más curiosas escenas. Todas las señoras habían sido colocadas a un lado; en el centro de la estancia aparecía una mesa, y sobre esta un maletín. Un hombre fuerte —de aspecto poco agradable, aunque vestido de etiqueta—, se había colocado de espaldas a la puerta que daba acceso al salón de baile. ¡Como cerrando todo posible paso!

Sue —correcta e impecable, dueña de sí— explicaba el «modus operandi»; que era bastante diferente de cuanto las damas se

hubiesen atrevido a esperar.

—Señoras —afirmó, en medio de un imponente silencio—: deseo que pongan la máxima atención en lo que voy a decirles, porque es preciso que me comprendan con absoluta claridad. Mi ayudante ha dejado sobre la mesa un maletín abierto. Yo —añadió, sacando un arma del bolsillo— tengo en la mano un revólver con seis balas en el tambor. Ahora todas ustedes irán desfilando una a una por delante de la mesa y depositando en el maletín las alhajas que tengan.

Como comprenderán, si la policía me coge seré condenada irremisiblemente a treinta años de presidio. Y prefiero que me cuelguen por haber matado a varias de ustedes que dejar que se marchite mi belleza.

—Pero... esto es un atraco —exclamó, a media voz, cierta retrasada mental.

—He de advertir que si alguna intenta dar un grito o desobedecer, no vacilaré en hacer fuego —siguió Sue—. Y si yo no lo hiciese —añadió, señalando con una inclinación de cabeza a Joe, que esgrimía una pistola automática—, ese lo haría por mí. ¡Vamos! —terminó, dirigiéndose al grupo aterrado de mujeres—. La orquesta está tocando ahora y nadie oirá sus gritos. ¡Antes de tres minutos tiene que haber terminado todo! Venga, usted la primera...

Señalaba a la mujer alta y esbelta que les llamó la atención en el palco.

La dama avanzó rápidamente, desabrochó el collar y lo dejó caer dentro del maletín, volviendo a su sitio. Otra señora la siguió, y con manos temblorosas se desprendió de sus joyas. Una tercera se disponía a entregar sus alhajas, cuando la mujer alta habló con voz dura y masculina:

—¡Manos arriba y pronto, Joe! ¡Si parpadeas, te mato!

Sue dejó caer el revólver y levantó las manos. Pero no así Crane, que al oír la voz masculina se dispuso a emplear su pistola.

Antes de que pudiera hacerlo, Bill disparó rápidamente y Joe cayó al suelo, certeramente herido y sin poder apretar el gatillo de su automática.

La escena que se produjo entonces en el saloncito fue indescriptible. Las mujeres, rotos sus nervios por la tensión de los últimos minutos, comenzaron a gritar, armando un escándalo de todos los demonios.

Media hora más tarde, una damisela elegantemente ataviada —cuya rubia cabellera enmarcaba sus hombros— estaba sentada en el interior de una canoa automóvil. Frente a ella aparecía el rostro admirado de Bill, agente del F.B.I., miembro de la Interpol y

hombre de confianza de la Federación de Seguros.

—Ha sido un golpe magnífico, Sue —dijo el policía—: el mejor que has dado en muchos años. Y aunque no te corresponda todo el éxito, no hay duda de que la condena no te la disputará nadie.

—Supongo —repuso Sue, tras de agradecer con una ligera inclinación de cabeza las palabras de cumplido— que habrá conseguido detener a todos los individuos de la banda, ¿eh?

—¡En efecto! —confesó su interlocutor—. Ninguno pudo romper el cordón federal que rodeaba el Carnegie Hall. También detuvimos al capitán del barco, en Seaford. Creo que esto termina definitivamente con tu carrera... y tu libertad. ¿Por qué no me hiciste caso en Inglaterra, en Bélgica y en Francia? Incluso junto al lago Michigan te di una oportunidad de escapar, Sue.

—¡No puedo! —contestó ella, con evidente desesperación—. Llevo en la sangre la manía de robar...

El animoso Bill suspiró. Parecía dispuesto a explicar una lección a un alumno testarudo.

—No es eso, querida —dijo—. Lo que sientes es el atractivo de la aventura. Necesitas emplear tu inteligencia en algo, y podrías, de proponértelo, ser la mejor agente femenina del F.B.I. La policía está dispuesta a perdonar... si intercedo.

La motora había llegado al barco «Luana». El yate veloz, la nave de recreo, se iba a convertir en una prisión flotante para Sue Swift. Prácticamente ya era una cautiva, y pronto sería careada con sus cómplices de última hora.

Para evitar que la joven se arrojase al agua, Bill Waite la sujetó un brazo con notable energía. Su mano se convirtió en un grillete vivo, incapaz de soltar.

La joven delincuente miró hacia la cubierta, mientras subía a «su» barco. Algunos agentes uniformados la aguardaban, pero aún podría utilizar incontables recursos su maravillosa facundia. Por otra parte, la oferta de Bill —y el mismo joven— no eran nada desdeñables. ¡Cómo la besó en el aeropuerto francés de Le Bourget!

—Estoy dudando entre aceptar y negarme —dijo, al pisar la cubierta—. Más bien me inclino a lo último.

Parecía aún la dueña suprema a bordo. Una bellísima «sportman» que llegase del brazo con un invitado.

—Entonces —afirmó Bill, muy serio—, no tengo más remedio que esposarte.

Llegaron a la cámara del capitán, donde el segundo oficial —amigo del policía— se había hecho cargo del mando de la nave. Unos grilletes tintinearón en el bolsillo del federal. Sacó un par de

brillantes esposas, y...

—¡Cásenos, capitán! —pidió—. Será el único modo de domar a esta fierecilla.

Sue Swift —con el padre muerto en prisión y el resto de su familia tras de las rejas —comprendió que debía ceder por una vez.

—Aceptó resignada a tomar parte en la ceremonia.

Y al final de ella, Bill sacó del bolsillo un modesto anillo de hierro, que colocó a la mujer que estaba esposando... en el dedo anular.

—¡Nada de oro o diamantes, querida! —murmuró—. Y ahora... ¿permities que te dé el tercer beso?

Sue permitió, y tuvo que apartarse sofocada. Luego pareció recobrar más bríos y besó a su vez. Era su primer acto de esclavitud... ¡cuando empezaba a ser verdaderamente libre!

—Aún soy menor de edad —murmuró al cabo—, y esperaba escapar del correccional. Pero ahora he encontrado la tutela que soñé siempre, querido...

Bill no contestó.

Le embargaba la felicidad, y estaba seguro de que Sue Waite no volvería a delinquir.

FIN

CONDORITO

REVISTA MENSUAL

Ya está a la venta



¡EL PRIMERO EN HUMOR!

Notas

[←1]

Compradores de objetos robados. (N. del T.).

[←2]

Aunque el F.B.I. no persigue los delitos comunes —tarea reservada a la Policía Metropolitana— en el caso presente el asunto que se detalla compete al Federal Bureau of Investigaron: se relaciona con el Fisco y en él como en asuntos de Policía internacional, tiene amplios y plenos poderes. (N. del E.).

[←3]

Puerto inmediato a la capital estadounidense. (N. del T.).